

**P. Hernán Alessandri Morandé**

**LA FAMILIA Y LA IGLESIA**  
**Cuadernos de Pastoral Familiar N° 2**

**Editorial Patris**

# CAPITULO 1

## SECCIONES DE CADA TEMA

Presentamos aquí 15 temas de reunión. Cada tema consta de las siguientes secciones:

### I. LECTURA DE MOTIVACION

- Es la sección principal de cada tema. No está pensada para leerla durante la reunión sino antes de ella. De la seriedad con que se haga esta preparación (ojalá como matrimonio) dependerá fundamentalmente la vitalidad y el buen resultado de la reunión. Ello vale especialmente para quienes tengan al responsabilidad de dirigirla.
- El texto está dividido en 4 o 5 partes, separadas por los correspondientes subtítulos. Contiene bastante material de reflexión, por lo cual, si la preparación ha sido bien hecha, cada ficha da normalmente para dos reuniones.
- El párrafo inicial del texto se refiere siempre a una experiencia o situación de vida, de modo que la reflexión parta desde lo concreto.
- Si la reunión quiere iniciarse con algún texto bíblico, puede utilizarse alguno de los indicados a través de las citas incluidas en esta lectura de motivación.

### II. PREGUNTAS

- Las preguntas se presentan en grupos numerados. Cada grupo corresponde al tema de aquella parte de la lectura de motivación que lleva el mismo número. La primera de las preguntas se refiere siempre a la experiencia o situación de vida que se propone como punto de partida para la reflexión.
- Es aconsejable hacer la reunión exclusivamente en base a las preguntas y omitir la lectura de otras partes del tema (a menos que parezca indispensable para aclarar algo), pues de otro modo se quita agilidad y espontaneidad al intercambio. Evidentemente, cuando las circunstancias lo aconsejan, se puede adaptar las preguntas o reemplazarlas por otras que se juzgue más adecuadas.
- Si fuese necesario, quienes dirigen la reunión pueden ayudar a precisar el sentido de cada grupo de preguntas, recordando brevemente el tema al que apuntan, pero cuidando de no anticipar ya sus respuestas.
- Como el diálogo será en torno a las preguntas, la preparación de la reunión supone que cada uno, después de dejarse motivar por la lectura, ha preparado sus propias respuestas. (Así como la motivación conviene leerla y comentarla como matrimonio, es indispensable que estas respuestas sean personales).
- Según la experiencia del grupo, se podría ir fijando de antemano cuántos grupos de preguntas se preparará para la reunión siguiente.

### III. PROPOSITO

- Es una sugerencia para ayudar a que lo conversado en cada reunión se convierta en vida, y no quede como mero intercambio de palabras.

- 
- El propósito puede tomarse como grupo, como matrimonio o personalmente. Puede referirse tanto al campo de la vida matrimonial y familiar como al de la proyección apostólica.

---

## CAPITULO 2

### TEMAS

1. La familia, una Iglesia en pequeño
2. La Iglesia doméstica y el bautismo
3. Los padres, servidores de la vida: el respeto al amor y a la sexualidad
4. Los padres, servidores de la vida: El camino hacia una sexualidad integrada
5. Los padres, servidores de la vida: el educación de los hijos
6. El santuario del hogar
7. La familia en diálogo con Dios: escuchando su Palabra
8. La familia en diálogo con Dios: las otras palabras de Dios
9. La familia en diálogo con Dios: la oración, nuestra respuesta
10. La familia y la reconciliación
11. La familia y la Eucaristía
12. La familia y la gran Iglesia
13. La familia y el apostolado
14. La familia y la historia de salvación
15. María y la familia

## 1. LA FAMILIA, UNA IGLESIA EN PEQUEÑO

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. Nuestra vocación a compartir

A todos nos gustan Las fiestas. Son sinónimo de alegría. No sólo porque rompen la monotonía de lo cotidiano, sino porque responden *a una necesidad muy profunda del corazón humano: la de compartir*. Es hermoso compartir el tiempo, el baile, la comida y la bebida, la conversación. Incluso el trabajo de la semana se vuelve más liviano cuando reina en él la voluntad de compartir, expresada en jovialidad, ayuda mutua, solidaridad. Sin embargo, el compartir no se da siempre en el mismo grado. A veces es muy superficial. Otras, alcanza mayor hondura: nos sentimos personalmente acogidos, se nos vuelve fácil abrir el corazón y contar cosas más íntimas de la propia vida. En tales casos decimos que se dio "un ambiente familiar". Porque *la familia es justamente eso: la comunidad donde se comparte lo mas íntimo, el amor y la vida*.

*El secreto de esa necesidad de compartir es muy simple: hemos sido hechos "a imagen" de Dios (Gen 1,26). Y Dios es una comunidad formada por tres Personas -el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo- que, desde toda eternidad, no hacen sino compartir permanentemente todo lo que tienen y lo que son: toda su vida, todo su amor. Por eso puede afirmarse que Dios es "una Familia" (Juan Pablo 11, Puebla 582). Sin embargo, Dios no nos creó solamente para que, "a imagen suya", compartiéramos -por nuestra cuenta- nuestra propia vida humana, en forma "parecida" a como él comparte la suya en el seno de la Santísima Trinidad. Dios se proponía mucho más: compartir con nosotros su propia vida divina. Pues no nos quería tan sólo "imágenes" sino verdaderos "hijos" suyos (1 Jn 3,1).*

Para realizar tal plan, envió a la tierra a su Hijo único, quien se unió a nuestra carne humana en el seno de María, convirtiéndose en Jesús de Nazaret. El Hijo de Dios se hizo hombre, para que los hombres pudiésemos hacernos hijos de Dios. Jesús es como un "desposorio" o 'puente" vivo, a través del cual se produce -como muchas oraciones de la Misa lo dicen- un "admirable intercambio": *Dios comienza a compartir del modo más íntimo nuestra historia y vida humana, y nosotros, su vida e intimidad divinas*. Este inusitado regalo de Dios está destinado a convertirse en una fuente de alegría incomparablemente mayor que cualquier otra forma de compartir humano.

#### 2. La Iglesia y la familia

Dado que Dios es esencialmente comunitario (trinitario), no habría podido esperarse de él un plan individualista, mediante el cual hubiese buscado compartir su vida con cada hombre por separado. Por ello dispuso que Cristo nos comunicase la vida divina, *reuniéndonos en una gran comunidad: la Iglesia*. Esta es como una prolongación de su propio Cuerpo -pues todos los que la formamos estamos íntimamente unidos a él, y nos alimentamos de su Carne y de su Sangre- y constituye en la tierra "la Familia de Dios" (FC 15; Puebla 238; cfr. Ef 2,19): es decir, *la comunidad de los que comparten la vida y el amor de Dios*. Por eso, si la Iglesia quiere ser fiel a sí misma, debe procurar que siempre reine en ella un ambiente de "compartir familiar". Así fue en los comienzos: cuando los primeros cristianos eran "un solo corazón y una sola alma" (Hech 4,32) y compartían generosamente todo lo que poseían. Gracias a Dios, después del Concilio Vaticano II, la Iglesia está recuperando con mucha fuerza ese espíritu, especialmente en América Latina: tanto en nuestras comunidades eclesiales de base y movimientos, como en las parroquias y diócesis (Puebla 239-240).

*Ese "compartir familiar" (o comunión), que debería ser el gran signo distintivo de la Iglesia, culmina en la familia cristiana*. Ya hemos dicho que la familia, en general, representa el más íntimo lugar del compartir humano. Pero la familia cristiana, además de eso, es la comunidad más íntima donde se comparte la vida de Dios: la fe, el amor de Cristo, la esperanza que él trajo, la oración, etc. Por eso, ella es no sólo la célula fundamental de la Iglesia, sino también, en sí misma, una verdadera "*Iglesia doméstica*" (LG 11): es decir, "una imagen viva y una representación histórica del misterio mismo de la Iglesia" (FC 49), del íntimo compartir vital entre Dios y los hombres. Sin embargo, en su mayoría, las familias cristianas ignoran esta dignidad. Piensan que lo que las distingue de otras, es el ser familias que *van* a la iglesia, pero todavía no se descubren a sí mismas como familias que *son* Iglesia.

### **3. El sacramento de la Iglesia doméstica**

La "Iglesia doméstica" nace del sacramento del matrimonio. Todos los novios del mundo, independientemente de su religión, se comprometen, al casarse, a compartir su vida y amor humanos. Pero, los novios cristianos hacen algo más: A través del sacramento del matrimonio, renuevan juntos su Alianza bautismal con Cristo. Desde el bautismo, cada uno había comenzado a compartir por su cuenta la vida de Cristo. Ahora quieren hacerlo en

común, y entregan al Señor el propio amor para que él lo sumerja en el misterio del suyo, y *convierta así su futuro compartir matrimonial en un reflejo o "representación real"* (FC 13) de ese total compartir de amor y de vida con que él está sin cesar donándose a la Iglesia, su Esposa. Desde ese momento, el Amor de Cristo penetró el amor de ellos de un modo nuevo: empezó, en cierta manera como a “pasar” por él, llegándole a cada *uno a través* del amor del otro. El propio amor quedó como "traspasado" por el del Señor. Por eso, el compartirlo comenzó a ser, al mismo tiempo, compartir el amor de Cristo: es decir, *vivir "en pequeño" el mismo misterio del que vive la Iglesia.*

Pero esto no debería quedar allí, como un misterio oculto. Si, de verdad, al amarnos y compartir la vida humana, estamos compartiendo también el amor y la vida de Cristo, ello debería expresarse, pues *lo que no se expresa no se vive plenamente.* Por eso deberíamos hablar del Señor, de lo que cada uno recibe de él a través del otro. Y, sobre todo, deberíamos empezar a hacer *juntos* todo aquello que antes hacía cada uno por su lado para compartir la propia vida con el Señor: rezar, leer la Biblia, participar en los sacramentos, etc. Si tomamos en serio nuestra fe, cada uno debería comprender que su *mayor* riqueza es Cristo y que, por lo mismo, debe aprovechar todas las ocasiones posibles para compartir con el otro su relación con el Señor. *Si no lo hacemos, estamos dejando, egoístamente, de compartir la dimensión más profunda de nuestra vida matrimonial.* Esto es algo que debería pensarse bien antes de casarse con un no-creyente o una persona de otra religión: del compartir con él quedará necesariamente excluido algo muy íntimo.

#### **4. La gracia del sacramento**

A muchos matrimonios se les hace difícil su compartir humano (el respeto, la generosidad, la fidelidad), *precisamente* porque no se esfuerzan por compartir su relación con Dios. Esto no es *otra cosa más* que hay que incluir en ese ya fatigoso esfuerzo por compartir. Por el contrario, *es justamente, lo que procura esa fuerza que falta para compartir más plenamente lo humano.* Dios es el salvador del hombre y de su amor. Cuando amar cuesta, nada mejor que invocarlo. Muchas veces son ciertas costumbres relacionadas con el compartir la fe, las que dan el impulso necesario para iniciar una reconciliación. Por ejemplo, la costumbre de rezar juntos en las comidas o en la noche, o la de ir juntos a misa.

En los momentos en que la capacidad para compartir decae, es importante, sobre todo, recordar que, *a través del sacramento, Cristo se comprometió con nosotros* (y no sólo

nosotros con él). Eso fue lo más importante porque él permanece fiel aun cuando nosotros fallemos, y está *continuamente ofreciéndonos las gracias* que ese día nos prometió, para ayudarnos a hacer de nuestro compartir matrimonial un reflejo de su compartir con la Iglesia. Y, también, para que pudiésemos *ser para nuestros hijos* un "signo visible del mismo amor de Dios, del que proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3,15)" (FC 14). ¡Aprovechemos su compromiso; pidámosle ayuda!

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)**

1. ¿En qué ocasiones y ambientes siento que comparto mejor con los demás? ¿De dónde brota la necesidad de compartir? ¿Soy sólo "imagen" de Dios, o comparto algo más con él?
2. ¿Cómo comparte Dios su vida con nosotros? ¿He sentido alguna vez a la Iglesia como "familia"? ¿Por qué cada familia cristiana es una "Iglesia en pequeño"?
3. ¿Qué nos comprometimos a compartir por el sacramento del matrimonio? ¿Qué pasó ese día con nuestro amor? ¿De qué modos concretos expresamos nuestro compartir la fe?
4. ¿Hemos hecho la experiencia de que el compartir la fe ayuda al compartir humano? ¿Cómo? ¿Nos acordamos de pedir las gracias del sacramento cuando cuesta el compartir? ,

## **III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**



## 2. LA IGLESIA DOMESTICA Y EL BAUTISMO

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. Fecundidad matrimonial y bautismo

A veces encontramos personas que, a pesar de ser cristianas, manifiestan cierto malestar ante las declaraciones de la Iglesia sobre regulación de la natalidad. Ciertamente aplauden el que ella defienda el derecho inalienable de los padres a determinar, libremente, el número de hijos que tendrán. Pero quisieran que se detuviera allí y que no entrara en ulteriores precisiones sobre principios o métodos. Sin embargo, al hacerlo, la Iglesia no "se está metiendo en lo que no le importa". En primer lugar, porque todo lo que toca al actuar moral de los hombres le concierne y, aunque se trate de decisiones que deban tomar otros, le corresponde a ella dar los criterios para orientarlas. Además, en este caso concreto, se agrega un motivo muy especial. Pues todo lo que afecta la fecundidad del matrimonio cristiano, afecta asimismo su propia fecundidad de Madre: ya que todo *nuevo niño que nazca en el seno de una "iglesia doméstica", está destinado a convertirse, también, en hijo de Dios y de la Iglesia por el Bautismo.*

Lo anterior no significa que los esposos cristianos deben tener la mayor cantidad de hijos posibles. Su deber es regular responsablemente su fecundidad, de modo de poder ofrecer una vida *digna* (que no es exactamente lo mismo que *cómoda*) a cada uno de los que traigan al mundo. Ello implica que examinen de modo realista sus posibilidades (económicas, de salud, etc.). Pero, también, que al hacerlo tengan en cuenta (porque ello es parte del *realismo* cristiano) que están decidiendo acerca de la vida de un hijo que no pertenece tan sólo a ellos. *Pues Dios les ha tenido tanta confianza, que ha puesto en manos de ellos su propio poder creador para engendrar nuevas vidas (FC 28), y para hacer crecer su Familia, la Iglesia.* Esta, en efecto, crece en la medida en que crecen las "iglesias domésticas" donde, mediante el bautismo, nuevos niños son hechos "familiares de Dios" (Ef 2,19).

#### 2. El bautismo, fuente de la Iglesia doméstica

Hemos dicho que la "iglesia doméstica" nace del sacramento del matrimonio. Y es cierto. Porque este sacramento sumerge al amor del matrimonio cristiano, que es la raíz de la futura comunidad familiar, en el misterio de Cristo y su Iglesia. Sin embargo, ello es tan sólo la mitad de la verdad. *Pues también puede decirse que la "Iglesia doméstica" nace del*

*bautismo*. Bajo dos aspectos. Porque, a través de él, los hijos se convierten en miembros de la "pequeña Iglesia" familiar, haciendo así que el matrimonio cristiano se transforme propiamente en *comunidad* cristiana. Pero, también, porque el mismo matrimonio supone ya el bautismo de los esposos y la presencia de la vida de Cristo y de su Espíritu de Amor en sus corazones. De hecho, *el efecto propio del matrimonio consiste en renovar y potenciar la gracia bautismal, ordenándola a santificar el nuevo estado de vida que se inicia*: el compartir matrimonial y las responsabilidades familiares que de él se derivarán. El bautismo es el *sacramento fundamental*, la fuente en que se enraízan todos los demás sacramentos.

El bautizar a sus hijos es un deber grave de los padres cristianos, Al casarse, ellos se comprometieron a formar una comunidad donde se compartiría, al mismo tiempo, la vida humana y la divina. Engendrar un hijo, significa actuar como colaborador de Dios para comunicarle la *vida humana*. Pero falta la otra parte. *Al llevar el hijo a bautizarse, los padres lo engendran por segunda vez: colaborando con Dios, para que él le regale la vida divina de su Hijo Jesucristo*. En cada bautizo se repite el misterio de Belén: Cristo vuelve a nacer, adquiriendo una nueva forma de presencia en la tierra desde el corazón del bautizado. Para el hijo, el bautismo es el regalo más grande que pueden hacerle sus padres: significa revestirlo de una dignidad divina y ponerlo en marcha hacia su encuentro definitivo con Dios en el cielo. Por eso la Iglesia invita a no retrasarlo en aras de un falso respeto, que pide esperar "hasta que el niño escoja por sí mismo". Sobre la base de tal criterio, tampoco se le podría imponer un sistema determinado de educación, hasta que el decida cómo quiere ser educado.

### **3. El bautismo y sus consecuencias**

Para el niño, bautizarse significa convertirse en hijo de Dios y adquirir una nueva relación con sus padres: pues, sin dejar de ser hijo de ellos, pasa, además, a ser su "hermano" en Cristo. Para los padres, *el bautizo de cada hijo representa un nuevo compromiso con Dios: el de cuidar y educar responsablemente esa vida divina que piden para el niño*. Esta es una tarea irrenunciable, esencialmente ligada a su misión de padres cristianos, y que no pueden delegar en nadie: ni en los padrinos ni en el colegio. Estos familiares pueden *ayudar*, pero nunca reemplazar. Por eso, los padres deben prepararse con seriedad a su compromiso bautismal. Esta preparación ya se inicia con la aceptación del hijo que viene, como una

nueva vida querida por Dios. Pero se completa *en la parroquia*, antes de la celebración del sacramento. La parroquia es la comunidad que representa a la Iglesia universal, a la que el niño ingresará al mismo tiempo que se hará miembro de su “Iglesia doméstica”.

*Con el bautismo de cada hijo se refuerza la presencia de Cristo en el hogar.* En cada uno de ellos, Dios habita como en un templo vivo. Pero en cada uno lo hace de manera diferente, manifestándose a través del modo de ser original que él mismo les ha regalado. En uno, Dios hará resplandecer más la alegría de Cristo, en otro su servicialidad, en otro su ternura o su creatividad. Así, iremos descubriendo que cada uno es irrepetible, y que aporta una riqueza *sin precio* a la vida de la pequeña comunidad eclesial de nuestra familia. Y tal vez sentiremos vergüenza de haber intentado *ponerles precio* antes de nacer, pensando en evitar a alguno de ellos porque nos iba a resultar *demasiado caro*.

Mirar a los hijos que *ya* tenemos es un elemento de juicio importante para decidir qué hacer en adelante. Otro hijo más, es cierto, representa siempre un recargo económico. Pero también es promesa de un enriquecimiento humano para el hogar y de una mayor presencia de Cristo, imposible de medir. Para los hermanos que ya están, puede significar un regalo que recompense con creces las restricciones a soportar. *Los "pro" y los "contra" deben ser pesados en conciencia ante Dios.* Aquí sólo hemos querido destacar aspectos que se pasan generalmente por alto, en un mundo que sabe evaluar muy bien los costos económicos, pero que cada vez tiene menos sentido para el valor de las personas. Los sacramentos del matrimonio y del bautismo iluminan el misterio de la paternidad, y procuran especiales gracias para discernir sobre esto.

#### **4. La familia cristiana, signo y testimonio de Cristo**

Al inicio de la Iglesia, lo que atraía hacia ella a los hombres, era el trato fraternal de los cristianos, su *espíritu de familia* (Hech 2,44 - 47). En ese tiempo no había ni parroquias ni templos. Los lugares de encuentro eran, simplemente, las casas de las familias cristianas, las *"Iglesias domésticas"* (Rom 16,3-5). Desde allí se irradiaba el amor cristiano hacia el mundo (FC 54). Los paganos se asombraban ante la fidelidad de los esposos cristianos, su alegría, su rechazo al aborto. Encontraban extraña su religión pero, a la vez, tan atractiva, que todo el Imperio romano se dejó penetrar por ella. Es que el hombre fue creado para el amor y la familia, y *no es capaz, a la larga, de resistir al testimonio de esos ideales para los que fue hecho su corazón.*

Hoy día la Iglesia se enfrenta a un neo-paganismo. Su único argumento para convencer al hombre moderno vuelve a ser el de un *Evangelio vivido*. Ello coloca otra vez en primer plano el valor del testimonio de amor y unidad que debería dar la familia cristiana. Los dos sacramentos que la constituyen (matrimonio y bautismo) le procuran las gracias necesarias: *pues hacen presente a Cristo y su Amor en medio de ella*. Cuando la generosidad mutua, el respeto o la servicialidad se tornen difíciles, puede ayudarnos un proverbio de los primeros cristianos: "*Cada vez que ves a un hermano, ves a Cristo*". Es algo que podríamos repetirnos cuando el amor se debilita: Cada vez que hoy vea a mi esposo, esposa, hijo, hija, padre, madre, hermano o hermana, estaré viendo a Cristo, que habita en su corazón desde el bautismo". Entonces nos será más fácil amarlos.

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión o la conversación)**

1. ¿Qué razones mueven a la Iglesia a preocuparse de la fecundidad matrimonial? ¿Qué aspectos deben tener presentes los padres al decidir sobre el número de sus hijos?
2. ¿Por qué podemos decir que la "Iglesia doméstica" también nace del bautismo? ¿Qué significa para los padres cristianos llevar sus hijos a bautizar?
3. ¿Cómo nos hemos preparado al bautismo de los hijos? ¿Fue suficiente? ¿Qué nueva y original riqueza nos ha dado Dios a través de cada hijo? ¿Qué nos enseña eso hacia adelante?
4. ¿Qué valor puede tener el testimonio de la familia cristiana? ¿Cómo nos dan fuerzas para ello los sacramentos del Matrimonio y del bautismo?

## **III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

### **3. LOS PADRES, SERVIDORES DE LA VIDA: EL RESPETO AL AMOR Y LA SEXUALIDAD**

#### **I. LECTURA DE MOTIVACION**

##### **1. El servicio a la vida: sus aspectos y exigencias**

Los cristianos hemos desarrollado un agudo sentido crítico en el campo de lo social. No es claro que la consecución de ciertos *fines*, buenos en sí mismos, nunca legitima el empleo de *medios* inmorales. Así, por ejemplo, no es lícito enriquecerse a costa de estafar o explotar a otros. Ni tampoco, mantener el orden público al precio de una constante violación de los derechos humanos. Es lo que la moral cristiana resume diciendo que *"el fin no justifica los medios"*: éstos también deben ser morales, dignos del hombre. Sin embargo, en el campo de la vida privada, a menudo desconocemos tal principio. Así, sabiendo que mentir es malo, *justificamos* el hacerlo para salir de apuros. O, en el campo de la regulación de la fecundidad, afirmamos que, tomada ya la decisión de limitar los hijos, *cualquier* medio o método da lo mismo, con tal que conduzca eficazmente al fin propuesto. No nos preguntamos si es digno del hombre o no: suponemos que el fin lo justifica.

Este tema toca íntimamente la misión de los esposos cristianos como "servidores de la vida" (ver FC 28-35). Ella abarca dos aspectos. Primero, *el colaborar con Dios para comunicar la vida*: "transmitiendo en la generación la *imagen divina* de hombre a hombre" (FC 28); y, luego, dando al hijo la vida divina por el bautismo. Segundo, *el educar a los hijos* para "ayudarlos a vivir una vida plenamente humana" (FC 36) y "cristiana" (FC 38). Veremos ahora sólo lo primero. Ya adelantamos algo (tema 2) acerca de los criterios que deben considerarse para que la decisión de limitar los hijos no sea simple expresión del afán egoísta de comodidad. Ahora nos referiremos a los métodos a usar. Estos no son moralmente indiferentes: pues no todos respetan la dignidad del amor y del sexo, tal como la proclama la visión cristiana del hombre. Dejando para el próximo tema las aplicaciones prácticas, sólo intentaremos comprender ahora qué valores están en juego aquí.

##### **2. La relación entre amor, unión y fecundidad**

La invariable doctrina de la Iglesia sobre esta materia, que el Concilio Vaticano II (GS 50) y otros documentos recientes de los Papas han confirmado, se funda en la confianza en que *Dios está más interesado que nosotros mismos en hacernos felices*. Por lo cual, la forma más segura de alcanzar nuestra plenitud humana, *consiste en respetar con la mayor*

*fidelidad posible sus intenciones para con nosotros*, tal como él las ha manifestado a través del *modo de ser* que nos dio al crearnos.

Dios nos creó a su imagen, es decir, como *personas*, capaces de conocer y amar. Nuestro cuerpo y nuestra sexualidad, por pertenecer a una persona, están también *personalizados*, es decir, destinados a ser integrados en la unidad de nuestro ser personal, siendo sometidos a la razón y puestos al servicio *del amor*. El *amor*, en general, significa *querer el bien de otro*: desear enriquecer su vida, hacerla más plena, "*fecundarla*" de alguna manera. El amor matrimonial, en particular, busca ese "bien del otro" a través de *la total donación de sí mismo*, incluyendo el cuerpo y la dimensión sexual de la persona. Tal autodonación se expresa en una unión también total (de vida, corazones y cuerpos) *a través* de la cual se procura *fecundar* al otro, aportándole la riqueza *complementaria* de la propia personalidad y sexualidad: para ayudarlo a alcanzar su *plena* madurez personal, masculina o femenina, que consiste en convertirse -tanto espiritual como físicamente- en *padre o madre*. Dentro del amor matrimonial, por lo tanto, *la mutua unión y la fecundación son dos aspectos dinámicamente inseparables*: pues en *ambos* planos (el espiritual y el físico), la unión *apunta* a la fecundación y ésta *resulta* de aquella.

Tal dinámica *intrínseca* del amor matrimonial se expresa simbólicamente, en el plano biológico, en la peculiar estructura *dada por Dios al acto sexual*. Este, en efecto, está ordenado a realizar, simultáneamente (al interior de un *único* acto), ambas finalidades del amor matrimonial: la *unión* y la *fecundación*. En todo lo anterior, la Iglesia ve una clara manifestación del querer divino, que nos llama a respetar "la conexión inseparable de los significados unitivo y procreador de la sexualidad humana" (FC 32). Es decir, a confiar en los sabios motivos que Dios ha tenido para unir ambos aspectos, *y a no separarlos artificialmente, manipulando el funcionamiento de nuestra sexualidad*. Lo que no impide regular la propia fecundidad sirviéndose, para tener relaciones, de los períodos infecundos que el mismo Dios ha dispuesto dentro del ciclo femenino (como lo hacen los llamados "métodos naturales").

### **3. Dos actitudes morales distintas ante la sexualidad**

Ciertamente, el hombre tiene derecho a intervenir en muchos procesos *meramente físicos* de su cuerpo. Pero aquí lo que se juega es mucho más que un mecanismo biológico: *es el sentido mismo del amor, el mayor valor moral del hombre; y, además, la posibilidad de*

*vida para una nueva persona*. Sobre esto último, los esposos, que *son colaboradores de Dios para dar la vida*, no tienen derecho a tomar decisiones que supongan *actuar en contra* de un *claro* querer de Dios, como sucedería si se proponen separar la unión de la fecundación en períodos en que ésta *debería* darse. Ellos pueden “servirse” (FC 23) del dinamismo dado por Dios a la sexualidad (es decir, de los ciclos femeninos) pero no *alterarlo* arbitrariamente. Aquí reside la diferencia entre los métodos naturales y los artificiales. Unos y otros suponen una actitud moral muy distinta frente al significado humano del amor y la sexualidad (cfr. FC 32).

Desde el punto de vista de su *eficacia material* para evitar la concepción de una nueva vida, no hay ningún método absolutamente seguro (hasta ciertas formas de esterilización fallan). En lo que se refiere a los métodos naturales, la Organización Mundial de la Salud ha atribuido a algunos de ellos una seguridad del 98%. Sin embargo, lo que principalmente debe interesarnos, *es su eficacia moral para ayudarnos a crecer como personas y dignificar nuestra sexualidad, sin perder el respeto por la vida ni atentar contra nuestra condición de "colaboradores" de Dios*. Es lo que aseguran los métodos naturales. Los artificiales, en cambio, suponen y propician una actitud manipuladora, egoísta, posesiva y, en último término, “*anti-vida*”.

#### **4. Los diferentes métodos y sus efectos**

Los *métodos artificiales*, que manipulan la sexualidad (para evitar que la unión sexual sea fecunda o para suprimir los períodos fértiles de la mujer), deterioran seriamente la relación de los esposos, fomentando el *egoísmo machista* del marido. En primer lugar, porque, generalmente, suponen dispositivos o píldoras que debe usar *la mujer*. El marido simplemente ordena: “*Tú verás como te las arreglas, yo no acepto más hijos*”. Ello significa que toda la carga recae sobre la mujer, incluyendo diversos daños de salud y hasta frigidez (por las píldoras). Por otro lado, *se acaba el diálogo* sobre la vida sexual: no hay nada que preguntar, porque no hay peligro de “consecuencias desagradables”. El sexo ya no genera *responsabilidades*. Por lo tanto, “siempre se puede”. Esto lleva, sobre todo en el hombre, a una actitud de relajamiento: cesa el esfuerzo de *autodominio* y el propio egoísmo prevalece sobre el respeto. La mujer comienza a sentirse “usada”: no experimenta la unión como acto de amor, se hastía, se vuelve frígida. El hombre, que ha renunciado al autocontrol, se vuelve más propenso a la *infidelidad*. Por último, tales métodos favorecen una mentalidad

*anti-vida*. Pues los esposos que ya decidió manipular su fecundidad, está expuesta -si el método falla- a recurrir con mucho más facilidad al aborto (para "reparar" el imprevisto). Las estadísticas internacionales así lo prueban.

Los *métodos naturales* son llamados así por respetar el natural dinamismo de la sexualidad y los ciclos de la mujer. Tal acatamiento del sabio plan de Dios se ve ampliamente recompensado. Pues el esfuerzo de continencia que tales métodos piden durante el período fértil de la mujer, se convierte en camino para crecer en múltiples dimensiones. Desde luego, exige que los esposos asuman *juntos* la responsabilidad por su fecundidad (lo que aplauden todas las corrientes feministas). Ello obliga al *diálogo*. Y también al autodomínio, al respeto y la generosidad, al apoyarse en Dios. Los tiempos de renuncia a la unión sexual llaman a valorar otras demostraciones de afecto y a reconquistar muchas formas perdidas de ternura. Así el esfuerzo por no cerrarse indebidamente a la fecundidad física, conduce a una *fecundidad de otro orden*: la profundización y creciente personalización del amor.

## II. PREGUNTAS

1. ¿Hay situaciones en que actúo como si el fin justificara los medios? ¿Qué aspectos incluye el "servicio de los padres a la vida"?
2. ¿Por qué nos conviene respetar siempre las intenciones de Dios para con nosotros? ¿Cómo ha dispuesto Dios la relación entre unión de amor y fecundidad? ¿Qué estructura ha dado al acto sexual? ¿Qué nos pide Él a través de todo esto?
3. ¿Qué valores se juegan en el respeto a la sexualidad? ¿En qué consiste la eficacia moral de los métodos naturales?
4. ¿Qué métodos naturales conocemos? Comparemos las actitudes morales que implican los distintos métodos.

NOTA: Ver preguntas adicionales en "Anexo para el matrimonio", que acompaña a Ficha 4.

## III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)



## **4. LOS PADRES, SERVIDORES DE LA VIDA: EL CAMINO HACIA UNA SEXUALIDAD INTEGRADA**

### **I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)**

#### **1. Felicidad y esfuerzo moral**

Gandhi supo precisar con agudeza la gran ilusión común a todas las ideologías modernas: "Quieren, decía ironizando, construir un mundo donde los hombres *puedan ser felices sin necesidad de ser buenos*". Es decir, un mundo en el cual, sobre la base de medios exclusivamente científicos y técnicos, se logre un sistema socioeconómico tan perfecto, que garantice por sí mismo la felicidad (la libertad y la riqueza) de todos. Pero como recibida *desde fuera*, sin necesidad de *esfuerzo personal*, de cambio interior. Con esto no pretendía negar la gran *ayuda* que significa para el hombre contar con un marco social justo y con abundantes recursos científico-técnicos. Su intención era subrayar lo mismo que Jesús: que las fuerzas del mal, que destruyen la felicidad, en último término "salen de *dentro*, del *corazón* del hombre" (Mc 7, 21 ). Por lo tanto, *sin cambio del corazón*, no puede haber felicidad: ni social, ni personal, ni matrimonial.

La sexualidad fue regalada por Dios a los esposos como camino hacia su felicidad. Sin embargo, a menudo les origina graves problemas (tensiones, angustias, abusos), algunos de ellos derivados de la necesidad de regular la fecundidad. Tales problemas -netamente humanos y personales- no pueden resolverse por medios puramente *técnicos* (como dispositivos o píldoras). Pues siempre incide en ellos, decisivamente, un *factor moral*. el egoísmo que el pecado genera en nuestro corazón, y que nos invita a ceder ante los impulsos desordenados del instinto, pasando por encima de la verdad, del respeto, de la generosidad, del querer de Dios. Sin una *ardua lucha* contra el egoísmo, no podemos conquistar *ninguno* de los valores necesarios para la felicidad. Mucho menos un feliz ejercicio de la sexualidad: porque a través de ésta culmina el *amor conyugal*, y *el amor es el compendio de todos los valores humanos* (1 Cor 13). De allí que *cualquier falla moral de los esposos termine siempre repercutiendo en su vida sexual*: porque, de algún modo, deteriora su amor.

#### **2. El camino hacia una sexualidad integrada**

La felicidad de la vida sexual supone, por lo tanto, una superación del egoísmo que permita a los esposos *integrar su sexualidad en una plena armonía vital con todos los demás valores que exige el amor*. Tal es la amplia y hermosa meta de la moral sexual cristiana. Ponerse en marcha hacia esta meta, supone reconocer también, como exigencia del camino que hacia ella conduce, el *esfuerzo* por respetar "la conexión inseparable de los aspectos unitivo y procreador de la sexualidad humana" (FC32). Mientras no hayamos conquistado tal aspecto, no habremos llegado aun a vivir un amor pleno, conforme al *querer* de Dios.

No debe extrañar si el camino resulta largo y *arduo*. La ley de la gradualidad" (FC 9,34) nos recuerda que el hombre avanza en todo por *etapas*, y *luchando*. También en su crecer hacia Dios. E incluso *retrocede*: cuando su egoísmo lo vence. En tales momentos no hay que asombrarse ni angustiarse: sólo cabe *reconocer* la dolorosa verdad del pecado original, contra cuyos efectos deberemos luchar hasta la muerte; *pedir perdón*; y superando todo desánimo, *renovar la decisión* de continuar adelante, de la mano de Dios. Es importante, también, recordar que la regulación natural de la fecundidad *no es* un simple *método técnico*, sino más bien el *resultado* del esfuerzo diario por ir encarnando en la propia vida aquel conjunto de *valores morales y religiosos* que permiten *entenderla* (como querida por Dios para nuestro bien) y *practicarla* (ver FC 33): por un lado, el *autodominio* del propio egoísmo, que ayuda a crecer en *generosidad, respeto y capacidad de diálogo* como matrimonio; por otro, *la humildad, la confianza y la docilidad* ante el querer de Dios. Sin lo primero, no llegaremos nunca a ser personas maduras. Sin lo segundo, no seremos cristianos maduros. Sin ambas cosas, será imposible alcanzar la plena madurez de la propia sexualidad. Evidentemente, junto a este esfuerzo interior de crecimiento personal, debe irse intentando, *al mismo tiempo*, la práctica de la abstinencia sexual periódica, base de todo método natural.

### **3. La responsabilidad ante Dios**

El *plan de amor de Dios* para con la sexualidad humana (o "ley moral") es uno solo. Su meta y exigencias valen para *todos*, independientemente de la situación o etapa de desarrollo en que nos encontremos. Sin embargo, *no todos* tenemos siempre *igual culpa* (o responsabilidad *subjetiva*) cuando fallamos ante ese mismo querer (*objetivo*) suyo: porque no estamos en iguales *condiciones* para cumplirlo. Hay matrimonios que ya viven en un grado suficiente los valores que posibilitan practicar los métodos naturales, y que no lo

hacen porque no lo quieren. Otros, están tal vez luchando por conquistar recién la capacidad de dialogar sobre estas cosas. En cada caso, Dios sabe de cuántos "talentos" (Mt 25,14ss) dispone cada uno en cada instante. Por eso, más que el resultado, él valora la generosidad del *esfuerzo* por alcanzarlo. Y espera más del que puede más.

Además, Dios ha dado una *estructura* especial a los actos morales del hombre. De acuerdo a ella, somos responsables ante Dios en la medida en que nuestra conciencia cree *conocer* la verdad (es decir, *saber* lo que Dios quiere): pues de allí *surge el deber moral de actuar conforme a lo sabido*. Pero para poder seguir lo que dice la conciencia, también es necesario *ser libres*. Por la mismo, *todo lo que entrase nuestro conocimiento de la verdad o el ejercicio de nuestra libertad, disminuye nuestra responsabilidad*. En lo que toca a nuestro tema, muchos matrimonios no cumplen la doctrina de la Iglesia porque *la ignoran*: en tal caso, están perdiendo la posibilidad de vivir mejor su sexualidad, pero *sin culpa* (a menos que, por *dejación*, sean responsables de su ignorancia o error). De hecho, el ambiente materialista y erotizado y la mentalidad manipuladora de la cultura técnica, logran insensibilizar muchas conciencias ante importantes verdades. De allí el *deber* de formar adecuadamente la propia. Si ante los influjos externos, a ésta le costara entender *las razones* en que la Iglesia funda su doctrina, deberá valerle otra *razón superior*: su fe en la misma Iglesia, que nunca ha variado esta enseñanza oficial.

La responsabilidad también disminuye cuando la *libertad* es objeto de presiones (físicas, psicológicas, económicas o sociales) tan intensas, que la *limitan* gravemente o, incluso, pueden llegar a *anularla*: imponiéndole un camino que la deja sin ninguna otra alternativa realmente posible. *Entonces, la persona ya no es responsable: no porque lo que hace deje de ser malo, sino porque deja de ser un acto libre*. Esto es muy importante en asuntos de moral matrimonial: porque aquí la decisión depende de *dos* libertades, siendo posible que una de ellas sufra de la otra presiones tales que no logra resistir.

Sin embargo, tal vez la situación más frecuente es ésta: *se sabe* lo que habría que hacer, *se quisiera* actuar bien, y sería *posible* hacerlo (porque no hay presiones externas insuperables), pero se termina cediendo ante la *propia debilidad*. Dios, que ve las conciencias, sabe quién no hace lo que él pide porque *no quiere*; quién actúa así *por ignorancia o presionado*; y quién, *por ser todavía débil* de voluntad y de fe.

#### **4. Caminar en la confianza y la esperanza**

Lo más importante es convencernos de que Dios *quiere y puede* ayudarnos. Nunca debe dominarnos la angustia: *no estamos ante un juez deseoso de condenarnos por nuestras caídas, sino ante un Padre que sólo quiere enseñarnos a amar más generosamente*. Y que tiene una *infinita* comprensión y paciencia para perdonarnos y levantarnos cada vez que caemos. Ante él no debernos "hacer teatro". *Pues nada entenece mas su corazón que el humilde reconocimiento de nuestra debilidad*. El no niega su gracia a nadie que tenga buena voluntad. Además, por el sacramento del matrimonio, ha prometido ayudar a los esposos cristianos a amarse como Cristo amó su Iglesia: con un amor que venza todos los obstáculos. Y cumplirá su palabra. Sobre todo si sabemos hacerle suave violencia con nuestra confianza y oración.

A veces Dios nos pedirá el máximo de lo posible (siempre por nuestro bien). Pero nunca lo imposible. Aunque él, con su gracia, también puede volvernos "posible" (Mt 19, 27; Le 1,37) lo que en un momento dado pareciera no serlo. El testimonio de incontables matrimonios así lo demuestra: iniciaron vacilantes y a tropezones el camino que la Iglesia les mostraba y, poco a poco, fueron descubriendo que Dios les daba su fuerza y les iba enseñando un modo nuevo, más humano y pleno aunque no sin esfuerzo, de vivir su amor y su sexualidad. Es la ley del misterio pascual: el amor sólo triunfa pasando por la cruz.

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión o la conversación)**

1. ¿Por qué para ser felices no basta con cambiar el mundo que nos rodea? ¿Por qué una vida sexual feliz supone luchar contra el egoísmo y cualquier otra falla moral?
2. ¿Qué significa integrar nuestra sexualidad? ¿Qué abarca? ¿Por qué supone un camino gradual? ¿Qué tipo de esfuerzo exige ante todo la regulación natural de la fecundidad?
3. Si la ley moral de Dios es una sola y sus exigencias son iguales para todos, ¿por qué puede fallar nuestra responsabilidad cuando fallamos? ¿Qué factores pueden influir en ello?
4. ¿Por qué nunca debemos angustiarnos ante Dios? ¿Cómo reaccionamos ante él (en cualquier campo) cuando le fallamos?

**NOTA:** Ver preguntas adicionales del "ANEXO PARA LOS ESPOSOS" adjunto a esta Ficha.

## ANEXO PARA LOS ESPOSOS (Sobre las fichas 3 y 4)

Los temas tratados en estas dos fichas son *importantes*. El Papa Juan Pablo II ha insistido en ellos, convencido de que aquí se juega algo decisivo para la cultura del mañana: el respeto a lo más sagrado que posee el *hombre*, la *vida* y el *amor*.

Pero también son temas muy *íntimos*, que tocan hondamente el secreto y la intimidad de cada matrimonio. Por eso las preguntas de estas dos fichas (que, en primer lugar, están pensadas para reuniones de grupo) son más bien de *comprensión* del tema, e invitan a un intercambio de carácter general, que no exija desvelar la propia intimidad.

Como complemento de esas preguntas generales, ofrecemos aquí algunas preguntas adicionales, destinadas a estimular el *diálogo privado* de cada *matrimonio*. Evidentemente, los esposos (porque éste es un punto donde ambos deben actuar muy solidariamente) pueden decidir libremente aportar a una conversación en grupo lo que crean conveniente de este diálogo íntimo.

### PREGUNTAS SOBRE LA FICHA 3

1. ¿Hemos encarado de verdad, como una responsabilidad *común*, la regulación de nuestra fecundidad? ¿Cómo ha andado el diálogo y el respeto mutuo al respecto? ¿Qué acuerdos hemos logrado?
2. ¿Qué criterios hemos seguido para espaciar los nacimientos o para decidir no tener más hijos? ¿Hemos tomado nuestras decisiones sólo con criterios humanos, o lo hemos hecho en conciencia ante Dios? ¿Creemos que hemos sido cristianamente responsables? ¿No habremos confundido a veces el deber de procurar a los hijos una vida *digna*, con el simple deseo de una vida *más cómoda* para ellos?
3. ¿Nos parece que hemos sido suficientemente generosos en nuestra colaboración con ese Dios bueno, que ha querido *depende*r de nosotros en su tarea de transmitir la vida y de crear nuevas personas? ¿Le hemos ayudado como él ha *querido*, o a veces nuestro egoísmo ha obstaculizado sus planes?
4. ¿Sabemos descubrir el *querer* de Dios expresado en realidades humanas: por ejemplo, en los acontecimientos o en la naturaleza misma del hombre y de su sexualidad (relación entre amor y fecundidad; doble finalidad, unitiva y procreadora, del acto sexual; sentido del ciclo de la mujer)?

5. ¿Confiamos en que la relación querida por Dios entre el carácter unitivo y procreador del acto sexual es expresión de un plan suyo, de amor y sabiduría, establecido para nuestro propio bien y que nos conviene respetar? ¿Sabemos, por otro lado, que no tenemos derecho a *atropellar* tal plan?

¿Nos hemos sabido "servir" de los ciclos femeninos, o hemos manipulado indebidamente nuestra fecundidad? ¿Somos capaces de autodominarnos por respeto al otro y al plan de Dios?

6. ¿Qué cambio creemos indispensable introducir en nuestra vida sexual?

#### **PREGUNTAS SOBRE LA FICHA 4**

1. ¿Nos hemos convencido de que la fecundidad sólo puede regularse debidamente mediante un esfuerzo moral? ¿Qué aspectos de nuestra sexualidad hemos logrado integrar dentro de nuestro amor, y en cuáles impera todavía el egoísmo del pecado?

2. ¿Siento que el otro a veces me presiona, atropellando mi libertad y mi conciencia? ¿En qué?

3. Los fracasos y pecados, ¿nos han hecho perder la esperanza y renunciar al esfuerzo por lograr el dominio moral de nuestra sexualidad? ¿Nos hemos desanimado y angustiado, hemos sabido levantarnos de nuevo, confiando humildemente en el perdón y la ayuda bondadosa del Padre Dios?

4. En el esfuerzo por integrar nuestra sexualidad dentro de nuestro amor, ¿qué papel ha jugado el recurso a la oración y la vida sacramental? ¿Hemos pedido consejo a sacerdotes o personas de experiencia y visión cristiana de estos problemas? ¿Hemos pensado en el apoyo que nos podría dar una comunidad de matrimonios en una parroquia o movimiento?

5. ¿Sabemos dónde obtener información seria sobre métodos naturales? ¿Hemos aprovechado la experiencia de matrimonios que los han usado exitosamente? ¿Nos hemos dado cuenta de que, más allá de nuestro problema personal, aquí se juega el futuro de un mundo más humano, respetuoso del hombre y de Dios?

6. ¿Hemos detectado en nosotros algún problema de tipo físico o psicológico que requeriría atención especializada?

## 5. LOS PADRES, SERVIDORES DE LA VIDA: LA EDUCACION DE LOS HIJOS

### 1. Los padres, primeros educadores de sus hijos

A menudo escuchamos quejarse a algún papá o una mamá: "he buscado a mi hijo la mejor escuela que podía y no hay caso, ¡no pasa nada!". ¿Y qué querían que pasara? La educación de los hijos no es cosa que se pueda delegar ni comprar por dinero. Será imposible encontrar una escuela capaz de suplir lo que no se ha dado a los hijos en el hogar. Pues la educación de éstos, nos dice Juan Pablo 11, es un *derecho-deber... esencial... original y primero... insustituible e inalienable* de los padres (FC 36). Como tal ha sido consagrado en la "Carta de los derechos de la Familia", (Art. 5), elaborada por la Santa Sede (ver FC 46). Dicho "derecho-deber" nace del hecho mismo de haber transmitido la vida a los hijos. Esto exige a los padres asumir la responsabilidad de ayudar a desarrollar plenamente la vida que engendraron. Así, su fecundidad física se vuelve también fecundidad moral, y de simples *progenitores* pasan a ser verdaderos padres (autores no sólo de la *existencia* sino, también, de la *personalidad* moral de sus hijos).

Lo anterior no significa que eduquen solos. *La familia es la primera comunidad educativa y la más fundamental, pero no la única*. La misma naturaleza comunitaria del hombre exige y conduce a una colaboración más amplia con *"las diversas fuerzas educativas"* (FC 40), tanto de la Iglesia (parroquias, escuelas y colegios, comunidades y movimientos juveniles) como del Estado (instituciones fiscales de enseñanza). "Estas son necesarias, aunque cada una puede y debe intervenir con su competencia y contribución propias" (FC 40). La Iglesia y el Estado tienen la *"obligación* de dar a las familias todas las ayudas posibles" (FC 40). Los padres, por su parte, poseen el derecho, afirma el Papa, "a la *elección* de una forma de educación conforme con su fe religiosa" (FC 40). Pero también tienen el deber de mantener una "relación cordial y efectiva con los profesores y directores de las escuelas" (FC 40). Ella debe expresarse principalmente a través de su *participación* en los centros de padres y apoderados y en los organismos o iniciativas de pastoral escolar. Otra importantísima fuerza educativa (o deformante) es la *televisión*. Los padres deben vigilar y controlar permanentemente su uso: para que no se convierta en un "tercer padre", más influyente que ellos mismos.

## 2. La educación en la familia cristiana

La familia cristiana es una comunidad educativa donde *todos se educan mutuamente* (ver FC 21 ; Puebla 585), tanto en los aspectos humanos como en la fe. Sin embargo, los padres poseen una responsabilidad educativa especial. Esta constituye un verdadero "*ministerio eclesial*, es decir, *un cargo oficial que Dios mismo les ha dado a través del sacramento del matrimonio*. Mediante éste, los padres han sido llamados "a participar de la misma autoridad y del mismo amor de Dios Padre y de Cristo Pastor, así como del amor materno de la Iglesia" (FC 38), de modo que sean oficialmente sus representantes ante sus hijos. Los padres son, por lo tanto, los maestros de la fe, *los "catequistas y los primeros ministros de la oración y del culto a Dios"* (Puebla 586) en su hogar, Y esto por *derecho propio* y no en virtud de un ministerio o cargo concedido por los obispos o sacerdotes (como la función de catequista, animador, ministro de la comunión o de la Palabra, etc.). Por eso ya Santo Tomás comparaba este ministerio de los padres en la "Iglesia del hogar", con el que corresponde a los sacerdotes en la "Iglesia grande". Aunque el servicio de los padres es más completo, en cuanto no sólo transmiten a sus hijos la vida de la fe, sino también la vida humana (ver FC 38).

La *fuerza, alma y norma* de esta responsabilidad educativa de los padres debe ser *el mismo amor* con que engendraron a sus hijos. *La meta*, proporcionarles una *formación integral*: ayudándoles a alcanzar, a la vez, su plena madurez humana y en la fe (ver FC 36,38). O, resumiendo, hacerlos crecer hasta su *madurez en Cristo* (ver Ef 4,13): para que, como él, sean, a la vez, hombres perfectos y auténticos *hijos de Dios*. El *objetivo concreto* de dicha educación debe ser conducir a los hijos a un proceso de creciente y *libre decisión por Cristo* (recordemos que la libertad es el dinamismo esencial de todo crecimiento humano), para que lleguen así , a hacer *vitalmente* suyas las actitudes fundamentales de Cristo: las de *hijo y hermano* (que vive en *comunión*, con el Padre y con su prójimo), y la de *señor* frente a las cosas (para saber usarlas según el querer del Padre, dejando *participar* de ellas a los hermanos). El medio educativo principal serán las mismas experiencias cotidianas de comunión y participación, tal como son vividas en medio de las alegrías y dificultades de cada hogar (ver FC 37; y sobre "educación de la libertad" y "experiencias familiares y educación", ver: Cuaderno NO 1 , fichas 7, 9 y 10).

## 3. La educación de la fe



Conforme a lo ya dicho, ésta debe ir siempre *entrettejida* con la educación humana de los hijos. Porque se trata de formarlos "en Cristo": y en él, aunque podemos *distinguir* dos naturalezas (la humana y la divina), ellas están inseparablemente *unidas* en la Persona del Hijo de Dios. Igual sucede con cada hijo: es *una sola persona* que debe madurar, al mismo tiempo, en lo humano y en su fe. De allí que la fe deba mostrárseles siempre como una luz y una fuerza destinada a penetrar todas las actividades y aspectos humanos de la vida diaria. Y, por otro lado, la formación humana debe impartirse recordando siempre que sólo la fe nos revela lo que significa ser "hombre perfecto" (según el modelo de Cristo) y nos da las energías necesarias para ello. El factor decisivo para este tipo de educación, será el *propio testimonio de los padres*: la madurez, simultáneamente humana y de fe, con que se muestren capaces de enfrentar los distintos desafíos de cada día (ver FC 39). Así irán convirtiéndose para sus hijos en testigos de su confianza y amor a Dios, en modelos vivos de oración, de amor al prójimo, de uso cristiano de sus bienes.

Sin embargo, hay cosas que necesitan ser explícitamente enseñadas, aprovechando para ello ocasiones que se presentan en forma espontánea, o haciéndolo metódicamente. Por ejemplo: enseñar a los hijos a *conocer a Jesús* y su historia, a familiarizarse con *la Biblia* (ver FC 39), *a rezar*. La formación más metódica se realizará principalmente con ocasión de la *preparación a los sacramentos*: a la primera confesión y comunión, a la confirmación o el matrimonio (colaborando en cada caso con la comunidad eclesial que corresponda: parroquia, colegio, etc.) La familia debería ayudar también a descubrir el sentido de la unción de los enfermos o de la ordenación sacerdotal (cuando los niños pregunten, o cuando dichos sacramentos sean recibidos por un pariente o conocido). Asimismo, los padres deben enseñar las variadas maneras de amar al prójimo. (Las restantes fichas de este Cuaderno N° 2 y 3 desarrollarán estos temas).

#### **4. Una fe que integre toda la persona**

Una educación cristiana integral no sólo debe unir inseparablemente los aspectos humanos y de fe sino, además, abarcar la persona entera: su inteligencia, voluntad y afectos. Aquí es necesario contrarrestar un mal de nuestro tiempo. La educación moderna es marcadamente *racionalista y voluntarista*: inculca *conocimientos eficaces*, que capacitan para producir cosas y generar un progreso material que todavía no es progreso humano. Este último se da sólo cuando hay progreso *moral*, y depende de la formación del *corazón* de la persona. En

la Biblia, el corazón designa ese núcleo interior del hombre donde se *integran* inteligencia, voluntad y *afectos*. Dios lo quiere entero para sí. Toca a la familia cuidar que la educación de la fe no se reduzca sólo a enseñar verdades y normas frías.

Un aspecto especial de la formación afectiva es la *educación sexual*. Los libros pueden enseñar cómo *funciona* el sexo. Pero en la familia se descubre *su sentido*: al vivirlo *en un contexto de amor*. En los *hermanos y hermanas* se aprende a respetar y valorar el sexo opuesto, siendo de gran importancia el cariño y responsabilidad mutuos (muchos jóvenes descubren el respeto a la mujer al pensar en lo que no aceptarían que otro hiciese a sus hermanas). Asimismo es importante el *testimonio de los padres*, que con sus caricias mutuas muestran la nobleza del cuerpo como medio para regalarse un amor puro, Si ellos, además, viven conscientemente la gracia del sacramento del matrimonio, *facilitarán* a los hijos el comprender cómo se integra el sexo en el amor y el amor en la fe. En el hogar debería descubrirse también cuál es *la propia vocación al amor*: si el *matrimonio* o la *virginidad* consagrada a Dios.

## II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)

1. ¿Soy de verdad padre que educa o sólo *progenitor*? ¿Cómo *colaboro* con la escuela de mis hijos, con la Iglesia? ¿Cómo regulo el uso o la influencia de la televisión?
2. ¿Valoro mi tarea educativa como un *ministerio eclesial propio*? ¿Cómo cumplo con su *norma, meta, objetivo y medios*?
3. ¿Sé unir la formación humana y la de fe? ¿Qué testimonio doy yo mismo en eso? ¿Qué cosas de la fe he enseñado explícita y metódicamente a mis hijos?
4. ¿Es la fe para mis hijos sólo un conjunto de verdades y normas, o les ha llegado al *corazón*? ¿Cómo les estoy educando la afectividad y la sexualidad?

## III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)

## 6. EL SANTUARIO DEL HOGAR

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. Educación y “pedagogía de los ambientes”

A menudo oímos decir de algún joven: "Si conocieras su casa, entenderías por qué se porta así". Con ello se quiere destacar una gran *verdad pedagógica: la poderosa influencia que ejercen sobre el hombre los ambientes en que vive*, sobre todo el del propio hogar. Un ambiente es más que un lugar: es un lugar impregnado de un espíritu determinado. En la casa, el ambiente condiciona todo el proceso educativo de los hijos, para bien o para mal. De allí que Juan Pablo II recuerde "el deber de los padres de crear *un ambiente de familia* animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que *favorezca* la educación íntegra, personal y social de los hijos" (FC 36).

Dios mismo ha usado esta *pedagogía de los ambientes* con los hombres: cuando autorizó a Israel a construirle un templo o Santuario. Dios no necesitaba una morada (ni todo el universo es capaz de contenerlo). Pero sabía que a los hombres les convenía tener una "casa" para encontrarse con él: porque así *entenderían mejor* su deseo de convivir con ellos, de compartirles su vida y hacerlos su "familia". Esta conveniencia psicológica sigue valiendo igual para nosotros, aun después de la venida de Cristo, "*Templo vivo*" de Dios, en quien El verdaderamente habita (ver Jn 2, 19-22i Col 2,9). Por eso la Iglesia no ha prohibido que sigamos construyendo templos materiales, donde la nueva "familia de Dios" pueda sentirse "en casa" con él. Pero el sentido de tales lugares ha cambiado: su centro es ahora el tabernáculo, donde está Cristo, el "Templo vivo".

#### 2. Sentido humano y religioso del propio hogar

Lo que son los templos o santuarios para la "familia de Dios, es la *propia casa* para cada familia humana: el *lugar que la simboliza*. Allí, la familia se reúne para autoconstruirse, compartiendo lo más íntimo y "santo" que tienen los hombres: su vida y su amor. La casa es como el "santuario" de la propia intimidad. Allí cada uno se muestra como es: puede entregar a los demás su riqueza personal, y debe aceptar ser corregido en lo que dañe la convivencia común. La casa es también el lugar desde donde la familia ofrece a otros lo que posee, y *envía* a sus miembros a servir a la sociedad. Por todo esto, más que un anhelo, *la casa propia es un derecho de toda familia*. Su sano desarrollo lo exige. Dicha casa debe ser *digna* y tener garantizada su *privacidad e inviolabilidad* (ver FC 46). Es derecho de

cada familia decidir a quién abre sus puertas. Ello es signo de gran confianza, decisión de *mostrar* la propia intimidad. Por eso debe responderse entrando con mucho respeto. Si éste se hiere (mediante ofensas, o irrumpiendo por la fuerza) ello se experimenta como una "profanación".

Lo anterior se refuerza en el caso de un hogar cristiano. En él la *casa debería vivirse como un auténtico santuario*: porque allí la familia se reúne como pequeña "comunidad eclesial" o "iglesia doméstica", no sólo para compartir la vida y el amor humanos, sino también la vida y el amor de Dios. *Es el lugar de la intimidad con él*: donde se le reza y ofrece las más grandes alegrías y los más angustiosos dolores. Es el "templo" privado de cada familia, el propio "Belén" o "Nazaret" donde, desde el día del bautismo, *Cristo está naciendo y creciendo en el corazón de cada uno*, en la medida en que todos se ayudan mutuamente a madurar como personas y cristianos. Es *éste misterio interior*, y no la elegancia de la construcción o de los muebles, lo que confiere al hogar cristiano su *especial dignidad*. La presencia de Dios que habita y actúa en cada bautizado, hace de la casa un lugar sagrado. Sus habitantes deben respetarlo llevando un *estilo de vida digno*, que transparente y recuerde dicha presencia. Es lo que muchas veces se percibe en la sencillez y alegría de los hogares más modestos.

### **3. Los signos interiores del "Santuario del hogar"**

Hemos dicho que un ambiente es un lugar impregnado de un espíritu determinado. Pero dicha impregnación requiere que el espíritu que anima interiormente a la familia, se exprese mediante *signos externos*. El primero de ellos es ese estilo digno de comportarse, expresado sobre todo *en la forma de trato y en el vocabulario*. Es lo que más ayuda a sentir la casa como un "santuario doméstico" (FC 55) y a cada miembro de la familia como a un pequeño "templo" (ver 1 Cor 6,19) o "tabernáculo vivo" de Cristo. Alguien ha dicho respecto a esto que los ojos de cada cristiano deberían irradiar una alegría que anunciara (como si fuesen "lámparas del Santísimo"): "en este tabernáculo está Cristo presente". Sin duda, es lo que experimentamos muchas veces ante la mirada transparente de los niños.

Pero aparte de las personas, hay también algunos signos materiales que facilitan el experimentar la propia casa como un lugar de encuentro con Dios. Por ejemplo, la presencia en ella de *imágenes religiosas*, o de la *Biblia* en un lugar destacado. También colabora a ello el ambiente acogedor que crean el orden y la limpieza.

Una hermosa costumbre que manifiesta el deseo de convertir el propio hogar en lugar de la presencia de Dios, es la de *bendecir las casas*. Aunque muchas veces ello se haga, más que para invitar a Dios a compartir la vida de hogar, para pedirle, ante todo, que *proteja* a la familia y su casa de posibles daños. Ciertamente, si Dios es nuestro Padre, tenemos derecho a pedirle tal cosa. Pero él acogerá dicha petición como sincera, en la medida en que al mismo tiempo le prometamos esforzarnos por vivir como verdaderos hijos y "familiares" (Ef 2,19) suyos. Para subrayar este aspecto, que es el fundamental, "tá extendiéndose otra costumbre, más reciente y hermosa: la de consagrar al Señor o a la Virgen la propia casa, invitándolos explícitamente a morar en ella, dedicándoles, como un signo de su deseada presencia, un "*altar familiar*". Este es un lugar donde se coloca la principal imagen religiosa de la casa, la *Biblia* y otros símbolos semejantes, pero no ya como "adornos" religiosos, sino para convertir ese lugar en el *centro físico* de la vida religiosa de la familia: donde ella reza, pide, agradece. Dicho "altar" ayuda a hacer visible el misterio del hogar cristiano, impregnándolo de una atmósfera que facilita el crecimiento en la fe y que ejerce especial influjo formativo en los niños.

#### **4. Los signos externos del hogar cristiano**

Es característico de los templos católicos el tener sus puertas abiertas y el invitar con sus campanas a todos. Porque la Iglesia no es una secta para "escogidos", sino la familia de un Dios que quiere que *todos* sean sus hijos. Asimismo, el santuario del propio hogar no puede ser un lugar donde la familia se repliegue egoístamente sobre sí misma, aislándose de los problemas de los demás. Ya hemos dicho que ella debe ser un lugar de irradiación y envío hacia la sociedad (como un pequeño "Cenáculo": ver Hch 2). Pero *tal apertura comienza por la hospitalidad*. Esta es la actitud que abre las puertas y que, como la campana, anuncia que en esa casa se está dispuesto a acoger y ayudar. La hospitalidad cristiana se funda en un doble deseo: el de *compartir* lo que Cristo ha regalado a la propia familia, y el de *atender al Cristo que se acerca en la necesidad de los otros* (ver FC 64), como lo hacían Lázaro y sus hermanas (ver Le 10,38-42; Jn 11,1 -5). Así, el hogar se vuelve una "pequeña casa de Betania".

La hospitalidad abarca desde el dinero o el pan que se da en la puerta, pasando por las atenciones brindadas a las visitas y alojados, hasta la adopción de un niño sin padres. Los miembros de una familia cristiana tienen, por cierto, muchas ocasiones de practicar el

"nuevo mandamiento del amor" (FC 63) fuera de la casa. *Pero la hospitalidad tiene un valor educativo especial:* porque al practicarse en el hogar, los involucra a todos. Ella supone gestos y decisiones de solidaridad que los niños difícilmente olvidan, y es un camino privilegiado para enseñarles a vivir "la 'opción preferencial por los pobres" (FC48; Puebla 1134ss). La hospitalidad es un rasgo característico de la cultura latinoamericana, especialmente practicado por los más pobres, quienes siempre tienen lugar para "el compadre" y su familia, aunque tengan que dormir de a 3 ó 4 por cama y repartirse entre todos un solo pan. Es una lección que aprender. Pues sólo hombres crecidos en hogares hospitalarios lograrán construir un país donde todos puedan sentirse "en casa".

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)**

1. ¿En qué casos he constatado el influjo (bueno o malo) que ejerce el ambiente del hogar?  
¿A qué nos ayudan los templos? ¿Por qué llamamos a Cristo "Templo vivo"?
2. ¿Qué significa para mí mi propia casa (desde un punto de vista puramente humano)? ¿La he sentido alguna vez como un lugar donde Dios está presente? ¿Cuándo? ¿En qué se funda la especial dignidad de un hogar cristiano? ¿Y qué exige?
3. ¿He notado cuánto influye la forma de trato y el vocabulario en el hogar? ¿Qué signos me ayudan a recordar que mi casa es un santuario? ¿La he bendecido? ¿Tengo altar familiar?
4. ¿Considero hospitalario mi hogar? ¿Acojo y ayudo pensando en Cristo? ¿Cuáles han sido mis experiencias más hermosas de hospitalidad? ¿Cómo acogen mis hijos a los más pobres?

## **III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

## 7. LA EN DIALOGO CON DIOS. ESCUCHANDO SU PALABRA

### I. LECTURA DE MOTIVACION (Para hacerla antes de la reunión)

#### 1. El diálogo con Dios

Hace tiempo que se acabó el diálogo entre nosotros": es la frase típica con que comienza el relato de una crisis matrimonial o familia ante el sacerdote o el sicólogo, Porque para todos resulta evidente: si la familia es la comunidad donde comparte *lo más íntimo* (la vida y el amor), es imposible que subsista sin diálogo. Ya que éste es, precisamente, el camino por el cual abrimos y participamos a otros la propia intimidad. Sin diálogo, no puede haber comunión de vida y amor entre los hombres. Y *tampoco entre los hombres y Dios*. Por eso la familia cristiana (que, en cuanto "pequeña Iglesia", es también "familia de Dios") debe cuidar, además del diálogo entre sus miembros humanos, el de éstos con Dios. *Tal diálogo con Dios se llama oración* (FC 59). Sin ella, nos pasa con Dios lo mismo que cuando se corta la comunicación con una persona humana: al dejar de compartir con las alegrías y preocupaciones diarias, Dios se nos va volviendo *lejano*, y deja de ser una fuente de vida, de motivaciones y de fuerzas para nosotros.

El diálogo al que aquí nos referimos no es cualquier conversación, sino un intercambio vital de lo más propio y profundo. En el plano humano, esto también puede realizarse a través de signos que no sean palabras. Una caricia, una mirada, un regalo o un servicio de amor, pueden a veces "decir" muchas cosas que con palabras no lograríamos expresar. *Así también nos habla Dios*. A veces, lo hace mediante su propia *Palabra*, clara y *directa*, como está contenida en la Biblia. Otras, nos habla de modo *mediato*: a través de las *palabras* de otros hombres, o de diferentes *signos* (acontecimientos, personas, cosas, inquietudes) que él utiliza para transmitirnos sus mensajes y llamados. La oración supone tanto *escucharlo* como *responderle*. Escucharlo es lo primero y más difícil. Ya nos cuesta con los hombres, cuyas palabras resuenan fuertes e insistentes. Dios, por el contrario, normalmente habla con una voz muy suave, que invita y propone, sin buscar imponérsenos. Por eso, si no sabemos *hacer silencio* en nuestro interior, no la percibimos, o la acallamos fácilmente.

En esta ficha y en las dos siguientes, reflexionaremos acerca de cómo escuchar los distintos tipos de palabras y signos de Dios y de cómo responderle.

## 2. La Biblia y la presencia de Dios en la familia

Al referirnos a los *signos* materiales que ayudan a hacer visible el misterio de la presencia divina en un hogar cristiano (ficha N° 6), destacamos la importancia de la Biblia como elemento central del altar familiar. Su valor trasciende el de cualquier otro objeto religioso que podamos poseer. Pues la Biblia no constituye un simple "recuerdo" de Dios (a través de las antiguas historias que nos narra): ella contiene su Palabra, y cada vez que esta Palabra es leída o proclamada, se hace presente entre nosotros, "aquí y ahora", Jesucristo, Palabra viva y encarnada de Dios. (ver Jn 1,1 - 18)

Dado que la Palabra contenida en la Biblia es capaz, *en el momento* de ser leída, de *hacer presente* a Cristo, existe una relación muy estrecha entre ella y la Eucaristía (por la cual Cristo se hace presente, *de modo permanente*, en el Pan y el Vino consagrados). Por eso, en la misa, el altar es llamado "mesa del *Pan* y de la *Palabra*", y la liturgia invita a que en las iglesias se dé realce no sólo al *tabernáculo* (donde se guarda el Pan) sino también al *ambón* (donde está la Biblia y se proclama la Palabra). Si en nuestras casas pudiésemos tener un tabernáculo con hostias consagradas, sin duda lo rodearíamos de honores. Sin embargo, no sabemos valorar la Biblia, que es accesible a todos. En muchos hogares católicos no se la encuentra, o yace empolvada en algún cajón de libros viejos.

Desde la reforma de Lutero, hace cuatro siglos y medio, parecía que los protestantes se habían "apoderado" de la Biblia: pues al rechazar (en su mayoría) *la presencia sacramental* de Cristo en la Eucaristía (y en otros sacramentos), habían centrado en ella toda su atención. Nosotros, en cambio, por acentuar lo que ellos negaban, la habíamos descuidado. Felizmente, desde el Concilio Vaticano II, las cosas han cambiado. La renovación de la catequesis, sobre todo de la Primera Comunión, ha ayudado a las familias católicas a *redescubrir* la importancia de la Biblia. Cada vez son más las que la tienen. Pero ello no basta: hay que aprender a *aprovecharla como fuente de vida, de diálogo y de encuentro con el Señor*. De hecho, toda la vida cristiana nace de la fe (ver Gal 3,11 ), y la fe no es sino respuesta a la Palabra de Dios. De ella se nutre la vitalidad de la Iglesia, Y también la de la Iglesia doméstica".

## 3. El mensaje de la Biblia y la familia

La Biblia nos revela, a la vez, el misterio de Dios y del hombre, y nos muestra cómo ambos están íntimamente relacionados con *el misterio de la familia*. Sin embargo, no es fácil



leerla. Pues se compone de 73 libros o escritos muy distintos (sobre todo en el Antiguo Testamento), no siempre relacionados entre sí, y redactados, a lo largo de siglos, por hombres pertenecientes a culturas muy diversas de la nuestra. Además, los hay de los más variados géneros literarios: algunos son simbólicos (como el Génesis, que relata el origen del hombre); otros, poéticos; otros, históricos (aunque no siempre en el sentido moderno de la palabra);etc.

El caso del Nuevo Testamento es diferente: allí hay coherencia (pues todo gira en torno a la historia y al mensaje de Jesús) y el estilo es más fácil. Además, en Cristo culmina la *revelación* de Dios. Por lo mismo, *a partir de él*, se entiende mejor todo lo precedente (ver Hb 1,1-2). De aquí que convenga leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo. *Cristo nos revela con plena claridad que Dios es Amor y Familia, y que ha creado a la humanidad para hacerla Esposa y Familia suya por medio de él y la Iglesia.* Toda la historia anterior es el camino hacia esta meta. Hay una primera oferta de amor que los hombres rechazan. Luego Dios los va reconquistando a través de una serie de etapas marcadas por sucesivas Alianzas (con Noé, Abraham, Moisés), que de algún modo corresponden a los grados de desarrollo del amor humano (desde la amistad al noviazgo). En Cristo, Dios y el hombre se unen en una *Alianza nupcial* y definitiva. De allí nace la Iglesia, Esposa y Familia de Dios.

A la luz de ese amor que lo une a la Iglesia, Cristo nos revela el misterio del amor conyugal (ver Ef 5,21-33; fichas 5-6, Cuaderno 1 ). Con el ejemplo de su propia familia (célula inicial de toda su Iglesia) nos manifiesta la dignidad y misión de cada "Iglesia doméstica". Con su actitud y palabras, nos enseña que amar supone respetar, perdonar, confiar, servir. Además, la Biblia nos transmite muchas orientaciones prácticas para vivir *nuestra vocación al amor y la familia*, tanto en el hogar como en la Iglesia y hacia el mundo (Ef 6,14; 1 Co 13).

#### **4. Formas y actitud para leer la Biblia**

La Biblia puede leerse de modo espontáneo, puntual o metódico. El primero consiste en abrirla *al azar*, para leer "lo que Dios quiera" (tratándose del Nuevo Testamento resulta mejor, pero no es aconsejable para el Antiguo). Lectura "puntual" es la que *busca* un "punto" o un texto preciso que responde a alguna necesidad concreta que tenemos. La forma "metódica" consiste en ir leyéndola o de *corrido* (lo que, al comienzo, sólo es recomendable para los 4 Evangelios y los Hechos de los Apóstoles) o *siguiendo algún tema*

*determinado* (para lo cual se necesita algún texto-guía). Pero lo más importante es leerla siempre, aún cuando tratamos de "estudiara", en *actitud de oración*: sabiendo que nos enfrentamos a una Palabra *viva*, mediante la cual Dios quiere entrar en *diálogo personal* con nosotros, para ofrecernos vida, amor, perdón, conversión.

Desde otro punto de vista, la lectura puede ser *individual o comunitaria*. Ambas son necesarias. Pero quisiéramos destacar la importancia de escuchar la Palabra de Dios en comunidad: por tratarse de una Palabra que siempre llama a crecer en la comunión de amor con los demás, y porque la comunidad ayuda a recibirla y comprenderla mejor. Por eso la Iglesia nos pide escucharla así cada domingo en la Eucaristía. La misma razón debería movernos a meditarla juntos en nuestra "Iglesia doméstica" (FC 61). Hay ocasiones (fiestas, aniversarios, dificultades) que se prestan para hacerlo en sencillas liturgias familiares. Muy útil también es comentar en familia la Palabra proclamada en la misa dominical. O meditar un texto bíblico antes de iniciar una reunión de grupo o comunidad (para ello pueden servir las referencias bíblicas de estas mismas fichas).

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)**

1. ¿Cómo se llama el diálogo con Dios? ¿Qué pasa si no lo practicamos? ¿He hecho yo, esa experiencia? ¿De qué modo nos habla Dios? ¿Porqué cuesta escucharlo?
2. ¿En qué reside el valor de la Biblia? ¿La tengo en mi casa? ¿Dónde? ¿Sabemos alimentarnos de la Biblia yo y mi familia?
3. ¿He entendido el argumento y las etapas de la historia que la Biblia nos narra? ¿Qué es para mí lo más importante que ella nos enseña sobre el amor y la familia?
4. ¿Cuándo y cómo leo yo la Biblia? ¿Lo hemos hecho alguna vez en familia? ¿Aprovecho las lecturas de la misa dominical? ¿Cómo? ¿Leo los textos bíblicos indicados en estas fichas?

## **III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

## 8. LA FAMILIA EN DIALOGO CON DIOS: LAS OTRAS PALABRAS DE DIOS

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. El lenguaje del Dios de la vida

A veces escuchamos decir: «A mi, Dios no me habla nunca; por eso no lo siento cerca y mi fe es débil». Generalmente se trata de personas que piensan que “oír a Dios” debe ser algo extraordinario. No se les ocurre que para ello basta con abrir la Biblia. Ni, mucho menos, que Dios puede estar hablándonos *a través de todo lo que nos rodea y sucede*: de una flor, una alegría, una enfermedad, un conflicto social, un hijo o cualquier otra persona. En efecto, *cada cosa, persona o acontecimiento, son verdaderas 'palabras', 'signos', 'pensamientos' o 'deseos' encarnados de Dios*: pues, si existen, es porque él los pensó, los quiso (o permitió) y les dio realidad diciendo: “¡Háganse!”. El arte de aprender a descifrar este lenguaje de Dios a través de la vida y de las creaturas, es el único modo de lograr un diálogo de amor *permanente* con él.

La fe del hombre moderno se debilita, precisamente porque ha ido perdiendo esta capacidad para dialogar con Dios *en medio de la vida cotidiana*. Una falsa mentalidad "cientista" lo ha conducido a *una visión naturalista* de la realidad. Según ella, todas las cosas se explicarían *únicamente* sobre la base de causas “naturales” cuyas “leyes” son precisadas cada vez mejor por la ciencia. Detectadas, por lo tanto, las causas “naturales” de una enfermedad o de una mala cosecha, no tendría sentido preguntarse por “la voluntad de Dios”: aquéllas ya lo explicarían todo, y no quedaría ningún “hueco” para una posible intervención divina. De este modo, todo en el mundo se presenta como simple resultado del accionar de diversas causas físicas, químicas, biológicas, psicológicas, económicas, etc. Y Dios se esfuma o queda incomunicado en un ciclo distante.

Pero no es así. Las causas naturales existen; sin embargo, *no excluyen* la acción o casualidad de Dios: pues ellas (y las leyes que las rigen) son, en las manos de Dios, semejantes a los pinceles en las manos de un pintor. Es Dios el que actúa a través de ellas y les comunica su poder. Tal como un cuadro es, a la vez, *enteramente* obra del pincel y del pintor, así también, *más allá* de las causas naturales que detecta la ciencia, los cristianos

sabemos ver la mano de Dios como *causa última* de todo lo que sucede. *En todo, sea dulce o amargo, descubrimos un mensaje de Dios.* Y podemos preguntarnos por su sentido: tratando de descubrir “por qué” 'y “para qué” ha querido o permitido él que sea así. Son las preguntas decisivas para el hombre. Y la ciencia no las responde: pues sólo explica “cómo” funcionan los mecanismos de la naturaleza.

## **2. Escuchando al Dios de la propia**

Todos los hombres buscan la felicidad. Pero muchos no saben dónde se encuentra ni por qué caminos se llega a ella. Los cristianos contamos con una ayuda excepcional: *podemos dejarnos guiar por Dios.* A través de la Biblia, él nos ha dado a conocer en qué consiste la verdadera felicidad: en aprender a amar y ser familia como él. Y también nos ha revelado el camino: seguir e imitar a Cristo. Pero tales "ayudas" no bastan: son demasiado *generales*. Pues cada cual debe recorrer ese camino *a su modo*, enfrentando desafíos y problemas muy diversos. ¿Cómo hacer para no equivocarnos ante decisiones *concretas*? La Biblia no da recetas para cada caso. Pero, sí, una pista: el ejemplo de Jesús. El nunca decidía nada solo. Siempre se nos muestra buscando *sintonizar* con el querer de su Padre: para descubrir "sus caminos y sus ritmos, ... conocer y esperar *la hora* (ver Jn 2,4;13,1) que para *cada* paso tiene señalada" (Puebla 277). ¿Cómo? Esforzándose por *descifrar* los "signos" que la Providencia de su Padre le enviaba a través de los acontecimientos diarios. En este "arte", también María fue una gran maestra. (Ver Lc 2,19 y 51).

La fecundidad de la vida de Jesús dependió de esa docilidad total frente a los *planes* de su Padre. ¿Cómo aprender a descifrar nosotros los *mensajes de Dios en la propia historia*? Hacerlo solos es difícil. En familia, se logra mejor. Hay que comenzar habituándose a reflexionar juntos (por lo menos como matrimonio) sobre los principales acontecimientos de la vida familiar: intentando descubrir qué quiere pedirnos o enseñarnos Dios con las alegrías y las penas; implorando luces para discernir y decidir cuando sus deseos no aparezcan claros; y buscando precisar después, según los frutos obtenidos, cuándo y por qué creímos haber acertado o no. Así vamos reconociendo de a poco el "estilo" con que Dios nos trata, el tipo de signos con que nos habla y cuán frecuente es la intervención del amor de Dios en la historia de la familia" (FC 59). Todo ello nos conduce a experimentarlo como el *Dios de "nuestra" historia*: el que la comparte y la guía, como constante compañero de ruta.

### 3. Los mensajes de Dios a través de las personas

Ciertamente, Dios nos habla a través de lo que las personas *dicen*: por una petición del cónyuge, un consejo del médico, la orden de alguna autoridad, etc. Pero, antes de eso, nos habla por lo que las personas son. Nadie ha nacido por casualidad. Si alguien existe, es porque Dios, desde toda eternidad, escogiéndolo entre millones de otros seres que podrían haber nacido en su lugar, decidió crearlo como "imagen" suya (Gen 1,26) y darle ese preciso modo de ser que tiene, con sus cualidades y limitaciones, para que pudiera reflejar en el mundo algo de las riquezas de Cristo (ver Ef 1, 31-10) y fuese como una "carta" de él (2 Co 3,3) para los demás. Cada persona, por lo tanto, es la encarnación viva de una imagen y un deseo de Dios, y nos transmite un "*mensaje*" fundamental: "*¡Respétame y acéptame como él me ha hecho*".

Los esposos deben ayudarse a responder a esta difícil exigencia de *Dios comenzando por ellos mismos*. Cada uno, con su respeto y amor, debe hacer sentir al otro que lo ha escogido y lo quiere *como es*. Esto lo ayudará a convencerse de que Dios también lo ama así, y a reconciliarse con el propio modo de ser, incluidos sus límites: reconociéndolos con humildad, pero no de modo *pasivo*, sino como *tareas* que Dios le pide enfrentar, con su apoyo y el del otro. Tal aceptación creyente y tranquila de sí mismo, es la base para poder aceptar a los demás. Ayudándose en esta primera tarea, los esposos (que han podido elegirse el uno al otro) se capacitan para saber respetar (como regalo y mensaje de Dios), el modo de ser original de cada hijo, que no será ya elegido por ellos sino por Dios. La actitud que asuman los padres constituirá, a su vez, para los hijos, la primera ayuda (u obstáculo) para poder aceptarse a sí mismos y, luego, a sus hermanos y a los propios padres.

### 4. Aspectos eclesiales y sociales

Todos los puntos anteriormente considerados, son ricos en consecuencias para otros ámbitos (extra-familiares) de nuestra vida. En la Iglesia, por ejemplo, se ha despertado una nueva sensibilidad frente a la presencia de Dios en la historia del mundo y de cada pueblo. Y hoy todos hablan de la *necesidad de descifrar los "signos de los tiempos"*, es decir, lo que Dios quiere decirnos a través de los grandes acontecimientos, problemas y corrientes que hoy conmueven a la humanidad: en lo cultural, social, político, económico, etc.). Pero surgen tantas interpretaciones diversas entre los cristianos, que a veces aumentan la confusión. ¿Qué pasa? Se está intentando aprender el arte de dialogar con Dios a través de

los acontecimientos, comenzando por los *más complejos*. Nadie puede pretender leer una Enciclopedia sin haber empezado por el silabario: es decir, entrenándose en descifrar los pequeños "signos" mediante los cuales la Providencia de Dios guía nuestra historia personal y familiar. Los "profetas" que no hayan crecido y afinado el oído en esa escuela, estarán condenados a ser agoreros improvisados, confusos y fracasados.

Algo semejante vale para *el tema de los derechos humanos*. Es muy difícil respetar la dignidad de cada persona (incluidos los adversarios económicos o políticos) y ver en cada una a un ser infinitamente amado por Dios, si esto no se aprendió a practicar en el propio hogar. Pues se trata de actitudes muy profundas, que tampoco pueden ser improvisadas. Por otro lado, ese esfuerzo por tratar de ver la "imagen" de Dios en cada hombre, debe ir unido a idéntica preocupación por no olvidar que los *Pastores de la Iglesia* son "signos" o "sacramentos vivos" (Puebla 258) de Cristo Pastor, quien, a través de ellos, nos *habla, orienta y conduce*,

## II. PREGUNTAS ( para la reflexión, la reunión o la conversación)

1. ¿Qué es la mentalidad "naturista"? ¿Me siento a veces contagiado por ella? ¿En qué? ¿Qué acontecimientos han sido especiales voces de Dios para mí? ¿Cómo descubrí su mensaje?
2. ¿Tomo mis decisiones a solas o dejándome guiar por los signos que me hace Dios? Dar ejemplos. ¿Reflexionamos como matrimonio acerca de las voces de Dios en la vida familiar? ¿Cómo?
3. ¿Qué rasgos esenciales de Cristo creo que refleja mi cónyuge y cada uno de mis hijos? ¿Me cuesta aceptar el modo de ser de alguno? ¿Qué actitud asumo ante mis defectos?
4. ¿Qué son los "signos de los tiempos"? ¿Cómo hay que entrenarse para poder descifrarlos? ¿Respeto a mis adversarios? ¿Escucho la voz de Dios a través del Papa y los obispos?

## III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)

## 9. LA FAMILIA EN DIALOGO CON DIOS: LA ORACION, NUESTRA RESPUESTA

### I. LECTURA DE MOTIVACION

#### 1. Los rezos, la oración y su valor

A veces, alguien se disculpa de "rezar poco" porque "se le han olvidado casi todos los rezos". Cuando así se habla, se está tomando como sinónimos "orar" y "rezar". Sin embargo, no son exactamente lo mismo. "Rezar" es una forma especial de orar: *recitando fórmulas "ya hechas"* (los "rezos"). Estas son muy útiles para orar en común, o para apoyar y estimular nuestra oración. Pero no la agotan. Pues orar es, simplemente, *dialogar con Dios*. Por lo tanto, la oración será mejor mientras más vital, íntimo y personal sea tal diálogo: independientemente de si lo hacemos con palabras ajenas (leídas o memorizadas), con las propias, o tan sólo con el corazón.

Es importante, sí, recordar que todo diálogo abarca dos momentos: escuchar y responder. En las fichas anteriores tratamos del primero. Ahora, queremos cerrar el círculo: porque la oración recién se da cuando *ambos* momentos se juntan. Es cierto que podemos leer la Biblia y vivir el día entero en *actitud de oración*: con el corazón atento a los regalos y mensajes de Dios, y dispuesto a darle alguna *rápida* respuesta en medio del mismo trabajo. Sin embargo, cualquier diálogo *profundo* (todo matrimonio lo sabe) requiere de una *pausa prolongada*, hecha expresamente con tal fin. En lo que toca al diálogo con Dios, *normalmente llamamos "momentos de oración"* a tales pausas. En ellas dejamos que penetren hondo, y con calma, en nuestro corazón, tanto la Palabra que él pueda habernos dicho desde la Biblia, como esas otras "palabras" y "signos" suyos que hemos sabido leer del "libro de la vida". Entonces, ellas se convertirán en interpelación personal, y nos invitarán a dar la respuesta que Dios pide: *de acción de gracias*, *de entrega y abandono de amor*, *de súplica*, o *de arrepentimiento y conversación*.

Teológicamente, *la oración es un deber y un derecho*. Un deber, porque es "la primera expresión de la verdad interior de; hombre" (FC 62): el reconocimiento de su *dependencia* de creatura que lo *religa* a Dios (de allí viene "religión") y le hace necesitarlo en cada instante como fuente de vida y de fuerzas. Por eso, orar no es evadirse de la realidad, sino buscar enfrentarla del modo más adecuado: de la mano de quien es su dueño y Creador.

Pero orar es también un derecho, emanado de la *asombrosa dignidad que Dios nos ha concedido*: al crearnos capaces de conocerlo y, sobre todo, al llamarnos a ser hijos suyos en Jesucristo, cuyo Espíritu nos mueve a clamarle: "¡Abbá, Papá! " (Ro 8,15). Pedagógicamente, la oración ayuda a *reforzar* la conciencia de tal dignidad y, a la vez, de la *presencia de Dios en nuestra vida*: pues el diálogo con él girará siempre en torno a esa "historia de amor" que estamos viviendo *juntos*.

## 2. La oración en familia

Como pequeña comunidad eclesial, toda familia cristiana está llamada a ser una *comunidad de oración*. Esta "comunidad en la plegaria es a la vez fruto y exigencia de esa comunión que deriva de los sacramentos del bautismo y del matrimonio (FC 59). Y debe expresarse en *algunas oraciones hechas en común*, cuyas *ocasiones y contenido* dependerán de las diversas circunstancias de la vida familiar. Tal "oración familiar" sólo será posible en los hogares donde los padres hayan asumido con seriedad su "*deber*" (FC 60) de educar personalmente a los hijos en la oración. En esto, su ejemplo y testimonio personal es insustituible. Para los hijos, la experiencia de haber aprendido a orar *junto a ellos*, cala profundamente en el corazón, "dejando huellas que los posteriores acontecimientos de la vida no lograrán borrar" (FC 60).

La vivencia del propio hogar como "santuario doméstico" (FC 55), dependerá en gran medida de esta práctica de la oración *en familia*. Tal vez su forma cotidiana más fácil es la *oración de la mesa*, costumbre que hoy se encuentra en franco proceso de recuperación. Cuando los hijos son pequeños, revisten especial importancia las *oraciones de la mañana y de la noche*, que permiten ofrecer o agradecer *todo el día* al Señor. Cuando son ya mayores, cuesta hacer coincidir los horarios y, además, se vuelve necesario destacar el carácter libre de tales actos. Cada familia debe buscar su propio sistema, y saber aprovechar las *ocasiones propicias*: onomásticos, aniversarios, partidas, regresos, días de grandes alegrías, preocupaciones o dolores. Juan Pablo II encarece el valor de la lectura en común de la Palabra de Dios, el rezo del rosario y, en general, la *devoción a la Santísima Virgen*, "como un medio privilegiado para alimentar la comunión de amor de la familia y para desarrollar la espiritualidad conyugal y familiar" (FC 61 ). También recuerda a los padres, que la oración familiar prepara a los hijos para participar en la *oración litúrgica*, propia de toda la



Iglesia. Todo esto plantea a los esposos una exigencia previa: fortalecer su *oración conyugal*, base de la familia.

### 3. La oración de gratitud y entrega

Muchos se acusan de ser “*demasiado pedigüños al rezar*”. Pedir no está mal. Pero no debe ser lo único ni lo primero. Porque siempre, antes de aquello que necesitamos, Dios *ya* nos ha dado muchísimas otras cosas, comenzando por la propia existencia, que debiéramos *agradecerle*. En efecto, con Dios estamos siempre en deuda: porque él “nos amó primero” (1 Jn 4,19) y se nos adelanta cada día con una serie de regalos gratuitos que ni siquiera le hemos pedido. De allí que *el primer rasgo de la espiritualidad y de la oración cristianas deba ser la gratitud*. Sólo a partir de ésta puede crecer aquella otra actitud en la cual debe culminar nuestro diálogo de amor con Dios: la *total entrega* a él. A veces, sintiendo cuánto nos cuesta abandonarnos en sus manos, admiramos la forma en que han podido amarlos los santos. Nos parecen inalcanzables “genios del amor a Dios”. Y lo han sido. Pero su secreto es simple: comenzaron por ser “genios de *la gratitud*”. Su amor brotó de ésta: no como un “pesado deber” sino como *alegre respuesta* a un Dios que los sorprendía con todos esos regalos que sin cesar saboreaban y le agradecían en la oración, como María. (Ver Lc. 1,46 ss).

Además de constituir el mejor alimento para nuestro amor, la oración de gratitud nos *ayuda a superar eficazmente la mentalidad naturalista*: pues nos va capacitando para *detectar* los múltiples dones de amor que Dios nos hace cada día y para *descubrir* así su mano tras *todo* lo que nos sucede. A los niños, es importante enseñarles a agradecer a Dios, como regalos suyos, todas aquellas cosas que les han causado especial alegría, en tal sentido, la oración de las comidas adquiere un valor particular en tiempos de dificultad económica. Pero, también, debemos cuidar que en la casa impere un ambiente de mutua gratitud por los favores que cada uno recibe de los demás: pues será difícil aprender a agradecer a Dios, a quien no vemos, si no lo hacemos a quienes vemos (ver 1 Jn 4,20).

### 4. La oración de petición y arrepentimiento

Dentro del contexto de este diálogo de amor y de gratitud, Dios también se alegra con nuestras *peticiones*: pues le demuestran nuestra confianza de hijos en que para él “no hay nada imposible” (Lc 1,37). Por eso Cristo nos invita repetidamente a pedir, y a hacerlo con fe e insistencia (ver Lc 11, 5-13; Mc 11,20 ss). Además, nos revela que la oración hecha en

común posee un especial valor (ver Mt 18, 19), y que el *Padre nunca desoye nuestra súplica cuando le pedimos el don de su "Espíritu"* (Lc 11, 13). Este nos ayuda a cumplir su "voluntad" (Mt 6,10), a la que siempre debemos subordinar nuestros deseos, sabiendo que el Padre está más interesado en nuestro bien que nosotros mismos. Otras súplicas que el Padre siempre acoge, son nuestras *peticiones de perdón*: por no haber respondido agradecidos a sus dones o habernos negado a colaborar con sus planes de amor. Aunque podemos rezar a quien queramos (en el ciclo o el purgatorio), *el destinatario último de nuestra oración es siempre el Padre*. A él nos dirigimos a través de Cristo y movidos por su Espíritu de Hijo. En el "Padre nuestro" (Mt 6, 13), Jesús mismo resumió en siete peticiones, los contenidos fundamentales de nuestra oración: el deseo *agradecido* de que sea reconocida la bondad del Padre (de su "nombre"); nuestro anhelo de apertura a su reino y de *entrega* a su voluntad; la *confianza* en que él cuidará de nuestras necesidades, nos protegerá y *perdonará*. Orar así será más fácil en un hogar donde todos se guarden mutua gratitud, confianza, voluntad de ayuda y perdón: pues la oración es *extensión* de la comunión familiar hacia Dios, en quien busca ser reforzada y culminar.

### III. PREGUNTAS (para la reflexión o la conversación)

1. ¿Qué es rezar? ¿Qué tipo de oración me resulta mejor? ¿Cuáles son mis principales *momentos* de oración? ¿Vivo a veces en *actitud* de oración? ¿Por qué la oración es un derecho y un deber? ¿Me ayuda a sentir a Dios presente en mi vida?
2. ¿Quién me enseñó a rezar? ¿Le he enseñado yo a mis hijos? Contar experiencias. ¿Cuándo rezamos como familia? ¿Y como matrimonio cristiano? ¿Está presente la Virgen en nuestro hogar? ¿Cómo?
3. ¿Le doy gracias a Dios cada día por sus dones? ¿Detecto todos sus regalos? ¿Es cierto que la gratitud aviva el amor?
4. ¿Qué cosas le pido a Dios? ¿Lo hago con confianza? ¿He comprobado que me escucha? ¿Sé pedirle perdón? ¿Oro al Padre, como Cristo nos enseñó? La oración, ¿ha unido a mi familia?

### III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)

## 10. LA FAMILIA Y LA RECONCILIACION

### I. LECTURA DE MOTIVACION ( para hacerla antes de la reunión)

#### 1. El perdón y el pecado

A todos nos cuesta pedir perdón, pues supone pasar por sobre el propio orgullo, reconociendo que se ha fallado. Muchos se niegan a hacerlo *de modo explícito y claro*, pues lo sienten humillante y prefieren buscar *caminos indirectos* para insinuar sus intenciones de reconciliación. Sin embargo, lo único que realmente humilla al hombre es el *no saber actuar según la verdad y el amor*, pues ello destruye su específica dignidad de persona: *la capacidad de dejarse guiar, no por impulsos o sentimientos (como el animal), sino por los “valores” que su conciencia le presenta como verdaderos y dignos de ser amados*. Cuando hemos ofendido, la verdad exige reconocerlo; y el amor pide expresar arrepentimiento por el dolor injustamente causado. Lejos de humillarnos, tal acto nos dignifica: pues manifiesta que nuestra voluntad de no transar aquellos valores en que creemos (la verdad y el amor), es a la larga más fuerte que los impulsos que motivaron nuestra falla o que la resistencia de nuestro orgullo a enmendarla.

Especial importancia religiosa reviste el *saber pedir perdón a Dios*. Es un *excepcional camino* para adentrarse vitalmente en los principales misterios de nuestra fe. Por un lado, implica reconocer una importante verdad nuestra: que no sólo somos *creaturas* limitadas, sino pecadores heridos y debilitados en nuestras posibilidades de autorrealización, por esa tendencia interior al mal proveniente del “pecado original”. Pero, por sobre todo, es el camino a través del cual llegamos a descubrir *lo más profundo del corazón de Dios: su misericordia*. La Biblia llama así al *amor* de Dios, en cuanto posee una potencia tal, que le permite vencer *todo* mal, extrayendo bien de él, incluso del *pecado* humano. Es lo que hace cuando nos abrimos a su perdón: “aprovecha” nuestro pecado como ocasión para demostrarnos que su amor por nosotros es mayor que todas nuestras ofensas, y que a sus ojos siempre valdremos más por lo que somos (sus hijos en Cristo), que por cualquier cosa que hayamos hecho. De este modo, al perdonarnos, Dios se revela más Padre y "rico en misericordia" (Ef 2,4) que nunca y, a la vez, nos restituye nuestra dignidad más profunda, al reconquistar con su generosidad nuestro corazón de hijos pródigos (ver Lc 15, 11 ss). Por eso, para Dios es una “fiesta” (Lc 15, 24) de “alegría” (Lc 15, 7) cada vez que le dejamos perdonarnos.

## 2. Vida familiar y perdón

Sin embargo, a pesar de todas las cosas hermosas que la Biblia nos revela acerca de la misericordia de Dios, muchos cristianos poseen una imagen desfigurada de él: lo ven en primer lugar como un Juez terrible, que inspira miedo. A menudo, ello se debe al no haber experimentado en la infancia *el poder liberador del perdón de los propios padres*. Estos tienen la misión de reflejar ante sus hijos la misericordia paternal de Dios (ver FC 38). Para ello deben evitar dos extremos tanto un ejercicio demasiado duro y rígido de su autoridad (que puede generar temor, desconfianza y escrúpulos), como una actitud permisiva (que no forma las conciencias, porque no enseña ni a distinguir el bien del mal, ni a pedir perdón). El sentido de culpa es algo sano en los niños, mientras sepan que, si se arrepienten, sus padres estarán siempre dispuestos a regalarles un perdón que será fuente de alivio, gratitud y alegría. Así irán descubriendo *por experiencia* que toda persona vale más por lo que *es* que por lo que *haya hecho*, pues esto último es siempre susceptible de ser superado mediante el perdón.

Un ambiente familiar cristiano supone que todos sepan pedirse y darse mutuamente los necesarios perdones (ver Ef 4,32; FC 58). Esto último tampoco es fácil, pues exige *vencer el rencor* causado por las ofensas: no necesariamente porque dejemos *de sentirlo* (lo que no depende de nuestra *voluntad*), sino *porque tomamos la decisión* de no dejarnos arrastrar por él en nuestro actuar, vengándonos y pagando mal por mal. (Ver Ro 12,21 ). También es importante que perdonemos *al modo de Dios: enalteciendo* al otro y ayudándolo *a cambiar*. Lo primero supone que no tiremos el perdón "de arriba abajo" como una limosna. Pues perdonar es invitar al otro a reencontrarnos *ambos* "más arriba" de nuestro problema, es decir, en el plano de nuestra *común dignidad* de personas, cristianos y familiares, para rescatar juntos la relación de amor que se ha roto, reconociendo que ella es un bien mayor que las cosas que nos han separado. Pero si ha habido daños o injusticias que pueden ser reparados, no podemos contentarnos con el simple reencuentro afectivo: a través del diálogo reanudado, debemos mover al otro a dar todos los pasos de conversión que le sean posibles, para que aprenda a cumplir con las exigencias de la verdad y del amor.

Hay familias que, en ocasiones especiales, acostumbran tener algunas *reuniones* donde, con cariño y sinceridad, todos se agradecen mutuamente las cosas buenas y se llaman la atención sobre las que deberían corregir para mejorar la convivencia familiar. Muchas

veces, la humildad con que los hijos reconocen las propias faltas, recuerda a los padres que “esa autoridad moral” que ellos anhelan, no la lograrán *fingiendo* ser mejores sino haciéndose mejores al reconocer siempre la verdad, aún cuando ésta les exija pedir perdón a los propios hijos.

### **3. La familia y el sacramento de la reconciliación**

La experiencia de la familia como comunidad de perdón permanente (ver Mt 18, 21 ss), prepara para comprender el sentido del sacramento de la reconciliación en la vida de la Iglesia. Pues en ella aprendemos a conocer y a imitar al Padre misericordioso como Cristo lo pide (ver Le 6,35 ss); descubrimos que hay que perdonar para ser perdonados (ver Mt 6,12 - 15); que el perdón *reintegra* a la comunión familiar; y que, si la falta ha sido grave, debemos pedirlo a los padres, como *representantes* de Dios en la "iglesia doméstica". Asimismo, en el hogar se aprende que la vida es un continuo esfuerzo de conversión.

A partir de su ejemplo y experiencia (o asistiendo juntos a celebraciones penitenciales), los padres deberían enseñar también a los hijos a acercarse al sacramento y vivir adecuadamente *cada uno de sus momentos*. *El examen*, por el cual nos situamos ante el Padre misericordioso, para recordar *primero* con gratitud sus dones y, luego, revisar cómo han andado nuestras respuestas de amor. *La contricción*: momento en el cual, con dolor, reconocemos nuestras múltiples ingratitudes, rebeldías y “fugas”, arrepintiéndonos de ellas. *El propósito*: es la decisión sincera de cambiar, para volver en Cristo al Padre, como buenos hijos suyos (ver L c 15, 18). *La confesión*: es manifestar, al representante del Padre, de Cristo y de la comunidad, los pecados cometidos y nuestra voluntad de retornar al hogar. *La absolución*: después de aconsejarnos, el confesor, usando el poder recibido de Cristo (ver Jn 21, 23), nos comunica el perdón del Padre, concedido en atención al amor infinito con que su Hijo lo amó en nombre de todos nosotros. Dicho perdón nos reconcilia con Dios y su Familia y nos reintegra a la comunión en torno a su mesa. *La penitencia*: es una forma concreta que se nos propone para expresar la seriedad de nuestro deseo de cambio, haciendo algún regalo de amor a Dios.

### **4. Importancia eclesial y social**

*La Iglesia tiene por misión unir a los hombres*, con Dios y entre sí. Pero debe comenzar mostrando que Dios es capaz de purificar de pecado, reconciliar y unir a sus propios miembros. Cualquier desunión, debilita su testimonio. Pero el sacramento de la

reconciliación le *renueva y salva* su fuerza unificante. Por eso, ella nos *exige* recurrir a él por lo menos una vez el año y después de cada pecado grave, aunque nos *recomienda* aprovechar voluntariamente sus gracias con mayor frecuencia. Desgraciadamente, hoy no se sabe valorarlo. Al hombre moderno le cuesta reconocer su culpa personal (ver Mt 15, 19). Prefiere culpar del mal sólo a las estructuras sociales, o disfrazar sus *pecados* de “problemas” que le debe resolver el sicólogo.

Además, hoy se olvida que la confesión, antes que en el pecado, está centrada en la experiencia de la *misericordia* de Dios, que es decisiva para poder construir un mundo más humano. En efecto, la insistencia unilateral en la justicia, puede conducir a una sociedad terriblemente injusta. Pues, como recuerda Juan Pablo II (*Dives in misericordia*, 12), sólo la misericordia evita que el afán de justicia degenera en venganza. Por otro lado, la justicia sólo es capaz de procurar una igualdad *externa*, a nivel de cosas y dinero, pero no puede restablecer la fraternidad herida. Esto sólo lo logra el perdón. (Cfr. DM 14).

## **II. PREGUNTAS (para reflexión, la reunión o la conversación)**

1. ¿Me cuesta pedir perdón? Al hacerlo, ¿me siento humillado o dignificado? Al reconocer mis pecados ante Dios, ¿he descubierto las maravillas de su misericordia y su perdón?
2. ¿Qué imagen de Dios reflejaban mis padres? ¿Soy yo más bien severo o permisivo con mis hijos? ¿Cómo se debe perdonar? ¿Cómo lo hacemos en la casa? ¿Pido yo perdón a mis hijos?
3. ¿Cómo aprendí yo a confesarme? ¿Cómo vivo cada momento del sacramento ¿Cómo estoy enseñando todo esto a mis hijos?
4. ¿Qué importancia tiene este sacramento para la Iglesia? ¿Con qué frecuencia lo aprovecho yo? ¿Por qué está desvalorizado hoy? ¿Porqué la sociedad necesita la misericordia?

## **IV. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

## 11. LA FAMILIA Y LA EUCARISTIA

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. La mesa familiar, mesa de comunión y dialogo

Cuando alguien nos invita a comer a su casa, sentimos que nos está manifestando de modo evidente el aprecio y confianza que nos tiene. Así ha sido en todos los pueblos y culturas a lo largo de la historia: no hay signo más universal y natural de amistad que el comer juntos. Por una razón elemental: *porque el gesto más claro de la voluntad de compartir con otros la propia vida, es el compartir lo que la sustenta*. Además, el invitar a comer entraña la decisión de mostrar cómo comparte sus alimentos la propia familia, lo que *significa revelar aspectos muy íntimos de su vida*: su nivel económico; su educación y cultura; el grado de unidad, alegría, servicialidad y respeto que reina entre sus miembros. Tales son las cosas que espontáneamente se comenta, después de haber ido por primera vez a comer a casa de otra familia.

En todo hogar, las horas de comida son un momento clave para reforzar (o deteriorar) la “comunión familiar”. Porque en ningún otro puede demostrarse mejor *la voluntad de compartirlo todo*. Allí, en primer lugar, *compartimos el tiempo*: comer todos juntos, y no “cuando se llegue”, y cuidar de la puntualidad, para no hacer esperar o trabajar de más, son ya dos signos importantes de estima y respeto hacia los demás; como asimismo el no demostrar impaciencia “por terminar”. Lo principal, por supuesto, *es compartir, a través del diálogo, la sustancia misma de la vida familiar*: contando noticias, alegrías y penas; dando confianza; aprendiendo de los otros, etc. Todo esto resulta más rico al estar presente ambos padres. Es lo que otorga un valor singular a las comidas del domingo. No haber estado en ellas, es a veces haberse perdido un capítulo importante de la historia familiar. En la mesa, *la familia comparte también el alimento y la bebida, pero como signos de amor*: de aquel con que se trabajó para poder comprarlos o prepararlos; de aquel con que unos a otros los ofrecen; y de aquel con que se agradecen. La oración inicial y final hacen de la mesa familiar también *un lugar del compartir con Dios*.

#### 2. La mesa familiar, mesa de sacrificio y de fiesta

En torno a la mesa, cada familia va descubriendo, a través de la propia experiencia, dos leyes fundamentales para su vida. La primera de ellas es que *la riqueza de la comunión familiar depende de la capacidad de sacrificio de todos*. En efecto, compartir supone

siempre estar dispuestos a sacrificar el propio egoísmo, Ello aparece evidente en lo que se refiere al *compartir el tiempo*: cuesta adaptar el propio ritmo a las exigencias comunitarias. Sin embargo, mucho más duras son las *exigencias del diálogo*: saber escuchar, interesarse en lo que otros cuentan, respetar y no interrumpir; olvidar rencores y problemas personales, para poder ser amables y aportar alegría; y, sobre todo, apagar el televisor para que el diálogo sea en familia y no con algún animador o con los personajes de una teleserie. También *compartir los alimentos supone sacrificios*: los del trabajo que han costado; el aceptar que no satisfagan el propio gusto, por su calidad o cantidad; el pasar a otros lo que piden y no escogernos lo mejor; o el renunciar como familia a ciertas cosas, para poder *solidarizar con otros hogares* donde falta el pan. Todos estos esfuerzos son los que nutren la comunión familiar.

La segunda ley es que, *para convertir la mesa familiar en mesa de fiesta, son necesarios sacrificios especiales*. Esto es importante para los cristianos. Pues las fiestas *son la más alta expresión del deseo y de la alegría de compartir*. Y nuestra fe nos dice que hemos sido creados para llegar a participar un día en esa gran *fiesta de comunión* que será el ciclo: cuando Dios haya reunido ya en torno a sí a toda su Familia, para celebrar un eterno "banquete de bodas" (cfr. Mt 22, 1-14; Ap 19, 7, 9 y 21, 1-4). De allí la importancia de *aprender a festejar* aquí en la tierra, lo que normalmente hacemos en la propia familia. Pero no hay *fiesta sin mesa y especiales esfuerzos*: para disponer de comida y bebida mejores, para preparar la casa, para estar mejor vestidos, y dispuestos a contribuir al ambiente de alegría y unidad que con todo lo anterior se busca lograr. Sería hermoso vivir "de fiesta en fiesta". En el plano humano no podemos hacerlo, no habría presupuesto que resistiera. Pero sí en cuanto "pequeña Iglesia": si descubrimos *el sentido de la Eucaristía dominical*.

### **3. La Eucaristía, mesa de fiesta de la familia de Dios**

La Eucaristía dominical es *la gran Cena de fiesta* a la que la Iglesia invita a los miembros de todas las "pequeñas iglesias domésticas" que la componen, para celebrar, unidas en una sola gran Familia en torno al Padre, el *gran misterio* del cual ella vive: su alianza de amor sponsalicia con Cristo. Lo hace cada domingo, para *recordar* el día en que él, después de haber sellado dicha alianza con el sacrificio de su vida, entró resucitado al cielo, inaugurando la eterna "sala de bodas" (Mt 22,10) donde la espera. Pero no se trata sólo de un recuerdo. Pues en la Eucaristía, Cristo se hace *presente* para *renovar de un modo real* la



entrega de su Cuerpo y de su Sangre a su Esposa. Estos dones los recibimos *en la comunión*. A través de ella, "el Pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo" (FC 57) en Cristo (ver 1 Co 10, 16 - 17). *Así culmina en la Eucaristía la unidad de la familia*. Y también, como veremos, su diálogo con Dios.

Sin embargo, en muchas familias cristianas, *el precepto* de participar en esta fiesta, se experimenta como una *pesada y aburrida obligación*. Generalmente, ello se debe a *la falta de continuidad* que se da entre la Eucaristía y la vida real de la familia durante la semana. El amor y la alegría de compartir no pueden *improvisarse*: ni frente a los hombres ni frente a Dios. Por lo mismo, si en la casa no formamos una *real* comunidad de diálogo, donde impere un clima permanente de mutuo escucharse, agradecerse, regalarse confianza o pedirse perdón y ayuda, resultará forzado ir juntos a asumir ese tipo de actitudes ante Dios. Más aún, si el mismo Dios es un ser lejano a nuestra vida diaria, a quien nunca rezamos en común y cuyos regalos no compartimos ni agradecemos con alegría. En tal caso será natural que nos parezca poco atractivo (si ello exige levantarse más temprano) el asistir a una Cena de "acción de gracias" (eso quiere decir "Eucaristía") dedicada a él. *La Eucaristía (y cada una de sus partes) debe, por lo tanto, prepararse durante la semana*.

#### **4. La Eucaristía, cumbre y fuente de la unión familiar**

En efecto, "la progresiva participación de todos los miembros de la familia cristiana en la Eucaristía" (FC 61) y, sobre todo, la asistencia a ella en común, cuando las circunstancias lo permitan, deben ser *la expresión y culminación del esfuerzo por vivir diariamente en el propio hogar todo aquello que la Eucaristía supone*. Principalmente, el misterio del amor sponsal de Cristo a la Iglesia, reflejado en la ternura del propio amor conyugal y en la conciencia de ser todos, como familia, "pequeña Iglesia" suya.

Del mismo modo, la alegría del *canto de entrada* se prepara *viviendo alegremente* la semana entera. El *saludo* entre el Celebrante y la asamblea será más que simple fórmula, si nosotros mismos acostumbramos *saludarnos* con amor. La *liturgia penitencial inicial* y el *Gloria*, brotarán de la suma de *los perdones y agradecimientos* que en la semana hayamos ido intercambiando entre nosotros y con Dios. (Ver fichas 9 y 10). Escucharemos atentamente la *Palabra de Dios*, si también en la casa la leemos (ver ficha 7), y si sabemos *escuchar* con atención cuando los hombres o Dios mismo nos hablan cada día. (Ver ficha 8). El *ofertorio* prolongará *la confianza* con que hayamos puesto nuestra vida y trabajos en

las manos del Padre. En la *consagración* uniremos nuestros dolores y sacrificios al de Cristo, *renovando nuestra fe* en que él puede sacar de ellos resurrección. (Ver Cuaderno 1 ficha 13). En el *Padrenuestro*, junto al Señor y con sus palabras, culminamos *nuestro diálogo con Dios*. Y al *darnos la paz y comulgar*, encontramos en Cristo *la unidad* que durante toda la semana procuramos.

Al dársenos en forma de alimento, el Señor quiere convertir la Eucaristía *en fuente de renovadas fuerzas de amor*. Por eso, al final *nos envía* a prolongar su espíritu en la casa, durante toda la semana: impregnando de él cada una de nuestras cenas y toda nuestra vida de hogar. La espiritualidad de la familia cristiana puede entenderse y revisarse entera desde este punto de vista: *como prolongación vivida de la Eucaristía*.

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)**

1. ¿Me agrada ser invitado a comer a otra casa? ¿Cuándo invito yo a la mía? ¿Son importantes para mi familia las horas de comida? ¿Por qué? ¿He aprendido algo en esto de otras familias?
2. De los diversos sacrificios que impone el compartir en la mesa, ¿cuáles nos cuestan más? ¿Por qué son importantes las fiestas? ¿Cuáles han sido las más hermosas en nuestro hogar?
3. ¿Cumplo el precepto de la Eucaristía dominical? ¿Entiendo lo que ella significa? ¿La he vivido alguna vez como una Cena de fiesta? ¿Cómo la vive mi familia? ¿Qué influye para ello?
4. ¿Con que actitudes debemos preparar durante la semana cada parte de la misa? ¿Cómo nos resulta? ¿Nos da fuerzas la Eucaristía para vivir después más unidos? ¿En qué lo notó?

## **V. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

## 12. LA FAMILIA Y LA GRAN IGLESIA

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. La Eucaristía y nuestra vocación comunitaria

A menudo escuchamos a alguna persona amiga comentar: "No me gusta ir a misa a la iglesia tal o cual". Con ello está reconociendo dos cosas. Primero, que *la Eucaristía dominical nos obliga a salir del encierro individualista en la propia familia*: pues, por constituir el acto cumbre de la vida de la Iglesia, exige ser celebrada en una comunidad eclesial mayor, que exprese mejor a esa Familia o Pueblo universal que vino a reunir el Señor, y que trasciende los lazos del parentesco humano. Aquí palpamos *los límites* de la "Iglesia doméstica": es cierto que toda la Iglesia crece a partir de ella, pero no es ella el lugar donde culmina la vida eclesial. Esto nos revela otro motivo por el cual muchos no entienden el valor de la Eucaristía dominical: porque todavía no han descubierto la amplitud de su vocación comunitaria y no logran sentirse "en familia" o "entre hermanos" con personas que no conocen mayormente. Lo segundo, es la dificultad para encontrar esa comunidad eclesial más grande donde insertarse.

Entre la Iglesia universal y la "Iglesia doméstica" se encuentra, como comunidad eclesial fundamental, *la diócesis*. Centro de ella es *el obispo*, sucesor de los apóstoles, quien preside la Eucaristía por derecho propio (ver Le 22, 19). Toda familia pertenece a una diócesis. Pero éstas son hoy excesivamente grandes. Por eso cada una ha sido "dividida *pastoralmente* en comunidades menores, entre las que se distingue, por su peculiar importancia, la parroquia" (FC 70). Las parroquias son divisiones *territoriales* de la diócesis. Pueden agruparse en decanatos y zonas pastorales. Y subdividirse en comunidades eclesiales más pequeñas (o de base). Sus diversos lugares de culto son los principales centros de la Eucaristía dominical. Junto a las comunidades territoriales, existen otras de diferente tipo: movimientos, colegios católicos, etc. A través de todas ellas, los miembros de la "Iglesia doméstica" pueden participar en la vida comunitaria de la "gran Iglesia" (universal o diocesana), experimentándola más cercana y "familiar" (Puebla 239 - 240). Si lo hacen juntos (porque padres e hijos se han llevado unos a otros a la comunidad), aparecerá aún más clara la relación entre la "gran Iglesia" y las "pequeñas Iglesias" familiares, como sus células básicas.

## 2. Las “pequeñas Iglesias” necesitan a la “gran Iglesia”

El contacto vital con las Iglesias diocesana y universal, a través de algunas de las comunidades eclesiales recién mencionadas, es para la "Iglesia doméstica" una indispensable fuente de fuerzas. En primer lugar, para *fortalecer la fe*, raíz de la vida cristiana. Al participar en una comunidad, la fe de cada uno se ve apoyada por la de los otros. Reflexionando, en común, sobre ella, siempre aprendemos cosas nuevas, aclaramos dudas y, sobre todo, descubrimos cómo enfrentar a su luz los desafíos de la vida diaria. Además, la comunidad puede mantenernos al día sobre las orientaciones magisteriales del Papa y los obispos y su debida interpretación. En ella, aprendemos nuevas formas de oración. Y, finalmente, podemos culminar nuestra vida de fe participando en los sacramentos, lo que normalmente debiera suceder en la propia parroquia. Allí, la "Iglesia doméstica" es generada mediante el matrimonio y el bautismo, alimentada por la Eucaristía, reconciliada y fortalecida por la confirmación y la unción de los enfermos.

Junto con fortalecer nuestra fe, la participación en una comunidad cristiana mayor que la propia familia, acrecienta sobre todo *nuestro amor a Dios*, porque nos enseña a sentirlo más cerca, y *nuestro amor al prójimo*, porque se convierte en *un lugar de apertura y entrega a los demás*. El atrincheramiento individualista de muchos en el propio hogar, es una reacción defensiva "ante la frialdad creciente del mundo moderno" (Puebla 239). Pero no una solución: porque nuestro corazón fue creado para una *fraternidad universal*, y permanecerá atrofiado en su capacidad de amar si se encierra en un pequeño "nidito", por más cálido que le parezca. Las comunidades cristianas ofrecen un *ambiente de respeto* que ayuda a perder el miedo de abrirse a los otros. Además, nos ponen en contacto con personas de condición y ambientes muy distintos, capaces de *proporcionarnos nuevas y enriquecedoras experiencias*. Asimismo, nos ofrecen múltiples ocasiones, estímulos y caminos para vivir la *solidaridad fraterna*. Para muchos, especialmente para los más pobres, la comunidad eclesial es no sólo el camino para entroncarse uno y la propia familia con la Iglesia diocesana y universal, sino, también, con *la sociedad* que le rodea: con la población o el barrio y con sus instituciones; con el país, sus inquietudes y problemas.

## 3. La “gran Iglesia” sana a la “pequeña Iglesia”

Al participar en una comunidad eclesial mayor, los miembros de la familia cristiana no sólo *aprenden* cosas nuevas, sino que son también *sanados* de muchas heridas que traen de su

hogar: pues la “Iglesia doméstica”, en cuanto comunidad de *pecadores*, puede haber dañado o atrofiado bajo diversos aspectos su capacidad de amar. *Dolorosas desilusiones* con los propios hermanos, generan a veces un recelo instintivo a dar confianza, que bloquea por años las posibilidades de vivir la fraternidad cristiana y de insertarse de modo fecundo en la sociedad. “*Etiquetas*” recibidas en la casa, pueden hacer también muy difícil el intentar en ella algunos cambios de actitud que sinceramente se desea. De aquí la importancia de contar con un espacio espiritual *distinto* de la familia, donde se pueda hacer las experiencias de acogimiento, respeto, lealtad y estímulo personal que en ella no se tuvo en grado suficiente. Esto vale para todos, pero especialmente para los adolescentes y jóvenes, que a menudo se sienten incomprendidos o poco valorados en el propio hogar.

Asimismo, en la comunidad eclesial podemos sanar, en particular, de *las malas experiencias de autoridad* habidas en el hogar, cuyas hondas repercusiones humanas y religiosas ya conocemos (ver Cuaderno 1 , fichas 9 y 10). Para ello pueden ser decisivas ciertas *experiencias sustitutivas* de paternidad o maternidad espiritual, hechas ante algún sacerdote, una religiosa o asesores laicos, que nos ayuden a descubrir de modo vital el rostro de Cristo Buen Pastor, del Padre Dios o de María como Madre. El ejemplo de un *estilo* auténticamente cristiano de ejercer la autoridad, mueve también a los esposos que participan en la comunidad a revisar el modo en que ellos están ejerciendo la suya en su casa, lo que se refuerza con el trabajo en grupos de matrimonios donde se trate tales temas. Todos estos efectos *curativos* de la participación comunitaria, no son sólo de orden psicológico sino, ante todo, fruto de la gracia redentora de Cristo, cuyo primer sacramento es la misma comunidad eclesial (ver Concilio Vaticano II, LG 1 ).

#### **4. La “gran Iglesia” necesita a las “pequeñas Iglesias”**

La Iglesia diocesana y la universal también necesitan *recibir el aporte* de las "Iglesias domésticas" y *ser sanadas* por ellas. En primer lugar, las familias les procuran sus *miembros* a quienes, normalmente, los propios padres han conducido al bautismo y transmitido la fe. También los hogares cristianos son "el primer y mejor *seminario de vocaciones* a la vida consagrada al Reino de Dios" (FC 53), y de los múltiples agentes pastorales laicos que sirven a la Iglesia en todos los niveles, incluidas los matrimonios que integran el “Pontificio Consejo para la Familia” (FC 73). Participando en sus diversas comunidades, las familias inyectan a la Iglesia espíritu familiar ("un estilo de relaciones

más humano y fraterno": FC 64). Así la sanan de cualquier tendencia de burocratización impersonal. Y evitan que se descuide la pastoral familiar (FC 70). A través de todo ello, las familias cristianas *posibilitan que la Iglesia cumpla su misión*. En primer lugar, ayudándola a dar, a través de su propia vida, un testimonio de comunión y solidaridad que permita a los hombres descubrir en ella *la Familia de Dios*. Recordemos que todo el atractivo de la primera comunidad de Jerusalén emanaba de su convivir y compartir familiar, no sólo en torno al Templo, sino también en "las casas" de sus integrantes (Hch 2,32 - 47). En América Latina, la Iglesia está recuperando ese espíritu, especialmente en las comunidades eclesiales de base, donde la presencia de las familias es decisiva. Por allí está pasando hoy su principal servicio solidario a los más pobres. Desde los hogares cristianos parten, además, los apóstoles que intentan penetrar del Evangelio un mundo en progresivo proceso de paganización.

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o l conversación)**

1. ¿Dónde voy a misa los domingos? ¿Por qué voy allí? ¿Qué tipos de comunidades componen la Iglesia? ¿Participo en alguna? ¿De qué modo? ¿Cómo llegué a ella? ¿Participamos en familia?
2. ¿En qué necesito más ayuda comunitaria para crecer en mi fe? ¿Qué apoyo he recibido de mi parroquia u otra comunidad? ¿Me ha enseñado mi comunidad a abrirme y a amar más?
3. ¿Me ha liberado la vida comunitaria de algún bloqueo o etiqueta que me dificultaban la fraternidad? ¿Me ha ayudado a entender y ejercer mejor la autoridad en mi casa? ¿Cómo?
4. ¿He comprobado que el aporte de las familias enriquece y hace más familiar la Iglesia? ¿En qué? ¿Cómo están siendo el aporte mío y de mi familia? ¿Qué admiro en el de otros?

## **IV. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

### 13. LA FAMILIA Y EL APOSTOLADO

#### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

##### 1. Evangelizar, una responsabilidad de todos

Hay personas a quienes, cuando participan en la Eucaristía, no les gusta recibir la comunión de manos de un "ministro laico". Dicen que los laicos no deberían "meterse en las cosas de los sacerdotes". Tienen razón. Pero resulta que la Iglesia, y la Eucaristía, como su acto cumbre, no es sólo asunto de ellos. Pues Cristo la instituyó como *una Familia*, en la cual todos tenemos *el derecho y el deber*, cada uno a su modo, de participar activamente. Ello se funda en nuestra *común dignidad de bautizados*, que es previa a cualquier distinción de funciones. Desgraciadamente, debido a la reacción anti-prottestante (ver ficha 7), que movió a la Iglesia a acentuar con fuerza la importancia de la jerarquía (por ellos negada), se debilitó durante varios siglos la conciencia de esta verdad. Parecía que sólo los obispos, sacerdotes y religiosos construían la Iglesia, y que los laicos eran en ella más bien un simple "rebaño", obediente y *pasivo*. Gracias al Concilio Vaticano II, esto ha comenzado a cambiar. Y los laicos vuelven a reasumir con bríos su condición de *miembros activos* de la Familia de Dios, en cuya vida y misión participan hoy de múltiples formas, cada vez con mayor creatividad y fecundidad.

La *misión de la Iglesia se resume en una sola palabra: evangelizar*, es decir, anunciar la "Buena Noticia de Jesús", dándolo a conocer a él y sus enseñanzas, para que los hombres reciban la vida nueva, abundante, divina y eterna, que él nos trajo (ver Jn 10,10; 11,25). Jesús confió esta misión a sus discípulos antes de ascender al cielo (ver Mt 28,16ss), y ellos comenzaron a cumplirla el día de Pentecostés, cuando recibieron el Espíritu por él prometido (ver Hch 2,141). Ese mismo Espíritu nos fue dado a nosotros *por el Bautismo*: para comunicarnos la vida de Cristo y hacernos *hijos* de Dios, pero, también, para *enviarnos, como apóstoles y misioneros suyos*, a transmitirla *a otros*. Desde entonces, somos todos corresponsables de la misión de la Iglesia. Y tal *envío misionero* se renueva cada vez que, por otros sacramentos, volvemos a recibir el Espíritu Santo. Ello sucede particularmente con el *sacramento de la Confirmación*. Este cierra y completa la etapa inicial de la formación cristiana. Es como el sacramento de nuestra "mayoría de edad" en la Iglesia, que nos envía a asumir plenamente nuestras responsabilidades apostólicas.

##### 2. La familia, primer campo y escuela de apostolado

El sacramento del matrimonio "confiere a los esposos cristianos una peculiar misión de apóstoles" (FC 71 ). En primer lugar, como lo vimos al tratar de su tarea de educadores (ver ficha S),, los constituye en *evangelizadores de sus hijos* (ver FC 53). Tal misión la desempeñan según los dos modos fundamentales de toda evangelización: mediante su *testimonio de vida*, o por el *anuncio explícito* de la Palabra de Dios. Y supone inculcar también a los hijos la conciencia de su *propia vocación apostólica*, tanto hacia adentro como hacia afuera de la familia. De modo que sepan que, en ésta, ellos "no sólo 'reciben' el amor de Cristo, convirtiéndose en comunidad 'salvada', sino que están también llamados a 'transmitir' a los hermanos el mismo amor de Cristo, haciéndose así comunidad 'salvadora' " (FC 49) para otros.

La proyección apostólica de la familia cristiana hacia fuera de sí misma, debería hacerse en lo posible, según Juan Pablo II, "de acuerdo a una modalidad *comunitaria*; juntos, pues, los cónyuges en *cuanto esposos*, y los padres y los hijos *en cuanto familia...* deben ser 'un solo corazón y una sola alma' (Hch 4,32), mediante el común espíritu apostólico y la colaboración que los empeña en las obras de servicio a la comunidad eclesial y civil' (FC 50).

Tal apostolado "en común", lo realiza la familia, ante todo, mediante el *testimonio del propio amor conyugal y familiar*, "vivido en su extraordinaria riqueza de valores y exigencias" (FC 50). Así reflejan e irradian el amor de Cristo, y muestran la belleza y atractivo de una comunidad unida en torno a él: despertando en otros el anhelo de llegar a vivir igual, y de ser "familia de Dios". Pero también la familia puede, como tal, empeñarse en *obras apostólicas concretas*: prestando alguna ayuda evangelizadora en la comunidad parroquial o escolar; testimoniando su solidaridad ante alguna familia necesitada o visitando a algún pariente enfermo; o, incluso, como ciertas familias ya lo están haciendo, realizando algún trabajo "misionero" en común (durante el "mes de María" o en las vacaciones), o dejando la propia patria y partiendo, por cierto tiempo, "a tierras de misión, a anunciar el Evangelio, sirviendo al hombre por amor a Jesucristo" (FC 54). A través de estas diversas formas de apostolado *comunitario*, la familia se va convirtiendo en *escuela de apóstoles*, y en un *pequeño "Cenáculo"*, desde el cual sus miembros son enviados a asumir, independientemente, sus *compromisos apostólicos personales* frente al mundo o en la comunidad eclesial.



### 3. El propio hogar, un “cenáculo” de envío hacia el mundo

Lo normal es que, en cuanto laicos, los miembros de una familia, en su mayoría, pasen, cada día, mucho más tiempo separados que juntos: dedicados cada uno a sus propias actividades, sea en el mismo hogar, o en los lugares de estudio y trabajo. Allí están enfrentados a quehaceres humanos y absorbentes, en medio de los cuales se dan pocas oportunidades para un *anuncio explícito de la Palabra de Dios*. Sin embargo, deben continuar siendo apóstoles. Pues de otro modo el apostolado no constituiría una *dimensión permanente* de su vida cristiana, sino tan sólo algo extra: para cuando se está en familia o para el tiempo libre. Tal apostolado cotidiano lo realizan principalmente mediante *el testimonio personal* (de constante fidelidad a los valores del Evangelio: al amor, la solidaridad, la veracidad, la honradez, la laboriosidad, etc.), y a través de *su esfuerzo por ordenar y transformar 'según Dios'* (LG 31) *los asuntos temporales* de que cada uno es responsable de acuerdo a su estado o profesión. De este modo, los laicos contribuyen "a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento" (LG 31), y lo van penetrando del Espíritu de Cristo, para que se convierta en Reino de Dios (en la medida en que logren hacer reinar en él esos mismos valores que se están esforzando por vivir personalmente).

Dar testimonio personal es siempre posible, aunque puede acarrear muchos *sinsabores* (incomprensión, burlas, postergaciones, despidos, etc.). Por otro lado, el esfuerzo por impregnar de espíritu evangélico el ámbito donde uno se mueve (la escuela, la empresa, el sindicato, el partido político, etc.), supone constantes luchas que desgastan y desaniman. Frente a todo esto, *la familia debe ser el gran lugar de apoyo*, donde se nos escucha y estimula, y se confirma nuestra fe en los valores por los que luchamos, en la medida en que allí se vivan de verdad.

### 4. El propio hogar, un pequeño “cenáculo” para la Iglesia

Sin embargo, hemos visto que para la plena vitalidad y pujanza de nuestra fe y vida cristiana, la familia no basta: es necesario, también, *buscar respaldo* en alguna comunidad eclesial mayor (ver ficha 12,2). Normalmente es éste el motivo por el cual nos acercamos a una parroquia, una comunidad de base, un movimiento: para ser *evangelizados*, fortalecidos. Pero hay laicos a quienes sus responsabilidades apostólicas *primarias* (en la familia y frente al mundo) les dejan tiempo y fuerzas como para asumir tareas evan-

gelizadoras al interior de la comunidad, e incluso cargos o ministerios (servicios) pastorales que pueden ser concedidos a los laicos: por ejemplo, de animadores de comunidades, catequistas, colaboradores en la liturgia, responsables de tareas de solidaridad, de administración, etc. Un cristiano casado puede también ser consagrado *diácono*, pero con ello deja de ser laico y pasa a integrar la jerarquía.

Para los esposos cristianos, es especialmente enriquecedor el poder asumir juntos este tipo de responsabilidades pastorales, especialmente en áreas vinculadas con la familia: pastoral juvenil y educacional, catequesis de Bautismo y Primera Comunión, en las cuales se trabaja con los padres de los niños, preparación de novios y toda la restante gama de estructuras de la pastoral familiar propiamente tal (ver FC 70-72). A través de todas estas formas de compromiso evangelizador de los esposos o de los demás miembros de la familia cristiana, ésta se convierte en un pequeño "Cenáculo" que suministra apóstoles a las diversas comunidades eclesiales, para aumentar su vitalidad, y apoyar así mejor la proyección evangelizadora de sus integrantes hacia el mundo, *campo principal* del apostolado laical.

## II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)

1. ¿He notado algún cambio en la participación laical en la Iglesia? ¿En qué? ¿Qué es evangelizar? ¿Me siento apóstol enviado por Cristo? ¿Cuándo siento reavivarse en mí ese envío?
2. ¿De qué modos evangelizamos a nuestros hijos? ¿Les hemos inculcado espíritu apostólico? ¿Cómo anda nuestro testimonio de familia? ¿Qué apostolado hacemos como matrimonio o en familia?
3. ¿Soy apóstol en medio del mundo? ¿Cómo? ¿Qué dificultades he encontrado al tratar de vivir e irradiar allí el Evangelio? ¿De qué modo nos apoyamos como familia en tal apostolado?
4. ¿Cuento también con otra comunidad para apoyar mi apostolado hacia el mundo? ¿He asumido responsabilidades activas en ella? ¿Por qué? ¿En qué sirvo o me gustaría poder servir?

## III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)

## 14. LA FAMILIA Y LA HISTORIA DE SALVACION

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. Nuestra historia, una historia sagrada

Cada vez encontramos hoy más personas que se confiesan "desorientadas", sin saber hacia dónde ir". Les pareciera que deben inventarse el propio futuro *a partir de cero*, y no les resulta. Estamos aquí ante una enfermedad típica del hombre moderno, que no sabe hacia dónde va, porque ha olvidado de *dónde viene*. Pues no valora su pasado, sólo se concentra febrilmente en el presente, como la máquina. Y trata de generar un futuro mejor. Pero éste no tiene raíces desde las cuales crecer orgánicamente: *de modo que su pasado, presente y futuro se le presenten como un todo conexo, como una historia "con sentido"*. Un hombre que no viva "desde" su pasado, es un enfermo: un amnésico espiritual. Como una planta sin raíces, está condenado a una permanente inseguridad frente a la vida.

La fe cristiana nos confirma lo anterior: porque nos recuerda que Dios, el Único que puede darle sentido a nuestra vida, se nos ha revelado en la Biblia como un Dios que se nos acerca *a través de la historia. Es esa "historia sagrada" de amor que él vivió con Israel y que culminó con la venida de Cristo* (ver Ficha 7,1), *la que nos descubrió el argumento y el sentido de toda otra: de la historia de la humanidad y de la de cada hombre*. En toda historia humana *se prolonga la historia bíblica*: Dios continúa acercándose para ofrecernos el mismo amor y conducirnos hacia las mismas metas que en ella nos reveló, y para guiarnos por caminos semejantes a los que él trazara a Israel y a Cristo. Por lo tanto, la historia de cada uno de nosotros es una "historia sagrada en pequeño"; una "historia de salvación", que obedece a un plan de amor de Dios, dentro del cual cada elemento y detalle tienen sentido. Como la Iglesia, el cristiano debe vivir recordando y agradeciendo su historia. No puede renegar de su pasado: pues allí, también en sus aspectos de dolor y pecado, están contenidos los mensajes de amor de Dios que iluminan de sentido su futuro.

*La familia es el lugar natural donde nos insertamos en la historia humana*. Porque allí comenzamos a escuchar de ella. Pero, sobre todo, porque allí hacemos la experiencia de poseer una historia propia, descubriendo que no estamos partiendo "de cero": pues somos *herederos de una tradición* que nos marca, a la vez enriqueciéndonos e imponiéndonos límites. Y aprendemos a amar las raíces de dicha historia: a las personas, lugares,

costumbres y valores que forman parte de aquella tradición familiar de la que somos hilos. La familia cristiana, además, es el lugar donde debiéramos descubrir el sentido de fe de tal historia, tomando conciencia cada día, sobre todo a través de la oración familiar (ver ficha 9), de la constante presencia en ella de un Dios que nos ama, que nos perdona y nos salva. Así Dios se nos va personalizando y convirtiendo en “el Dios de la propia historia”. Y ésta va siendo comprendida como una repetición original y “en pequeño” de la “gran” historia de salvación revelada en la Biblia.

## **2. La convivencia de las distintas generaciones**

El signo más claro de esa larga historia en la que está inserta cada familia, lo representan las diversas generaciones que la componen. Ya la sola convivencia de los padres con sus hijos, nos recuerda que el presente de la familia debe entenderse siempre abierto hacia dos dimensiones: la del pasado, la tradición y las raíces, representada por la generación de los progenitores; y la del futuro, la esperanza y los nuevos frutos, encarnada en los hijos. Cada generación aporta valores originales, capaces de *complementar y enriquecer* los de la otra. Pero ello no se logra sin tensiones, y requiere mucho diálogo, respeto y humildad. Las relaciones estrechas con tíos y primos, o con la generación de los abuelos y los nietos, pueden traer nuevos roces, pero abren hacia una vida familiar mucho más rica, que asemeja más la "pequeña Iglesia" a la "grande", abierta a todas las generaciones de la historia.

*Para la maduración de la familia en el amor, son especialmente importantes sus miembros más débiles:* ante ellos podemos practicar, al interior del hogar, el amor preferencial de Jesús por los pobres y los pequeños, y contrarrestar así la hipocresía inhumana y materialista, que impulsa hoy a los países más ricos, los que más hablan de "derechos humanos", a justificar la eliminación de las personas que "molestan" o no son "productivas": a los niños no nacidos, mediante el aborto; a los enfermos, mediante la eutanasia, defendida ya por algunos, y a los ancianos, exiliándolos a inhóspitos asilos. América Latina conserva aún un sentimiento más cristiano ante todo esto. Debemos cuidar de no perderlo. Respecto a los ancianos, cabe recordar cuánto aprecia la Biblia el aporte de sabiduría y de oración que ellos significan (ver Le 2,22 – 38).

## **3. La educación para la gratitud y la fidelidad**

La presencia de los ancianos en la familia significa, además, una excepcional ocasión para *crecer en la gratitud*. Hemos visto que ésta, que es un deber de amor y de justicia,

constituye el primer rasgo de la espiritualidad cristiana y, también, que es imposible vivirla ante Dios si no la practicamos ante los hombres (ver ficha 9, 3). Frente a los ancianos, en particular, podemos y debemos agradecer por un tipo concreto de "deuda" que al hombre moderno le cuesta reconocer: lo que ellos y su generación han aportado a la nuestra. El hombre de hoy peca a menudo de soberbia. Sus logros científicos lo impulsan a soñar con un futuro de indefinido progreso y a despreciar el pasado. La generación joven está profundamente contagiada de esta mentalidad: "sólo lo nuevo es bueno". Tal actitud, además de falsa (los dramas del siglo XX han probado que el solo avance técnico no hace al mundo necesariamente más humano) es peligrosa, pues la tendencia a desvalorizar toda tradición (incluso las buenas) puede extenderse fácilmente a las de la Iglesia y la Biblia. La fe cristiana se funda en la apertura y gratitud ante las riquezas de la tradición y los regalos que Dios nos ha hecho en el pasado. Son dos cosas que se aprenden amando y agradeciendo a los ancianos.

La gratitud para con quienes han enriquecido la "historia sagrada" de nuestra familia, debería expresarse también en fidelidad: en seguir amándolos cuando no están presentes. Es otra cosa difícil para el hombre moderno; pues su anhelo de continuo cambio lo incapacita para cultivar vínculos personales permanentes, sin los cuales no hay amor verdadero. Por eso existe hoy tanta soledad. *La familia cristiana debería saber ser testigo de la fidelidad de Dios para con todos aquellos miembros (o amigos) suyos que la necesitan de un modo especial: los que están fuera del país, los que viven solos o muy lejos, los enfermos. Ella se expresa mediante cartas, visitas, regalos y, también, oraciones. Estas últimas, sobre todo, demuestran nuestra fidelidad para con los difuntos de la familia.*

#### **4. La familia más allá del tiempo**

Sin duda, la experiencia más dura que debemos enfrentar los hombres es *la muerte*. La propia y la de los seres más queridos: de la madre y el padre, del esposo o la esposa, o de algún hijo. Son cosas en las que no quisiéramos ni pensar. Y que, cuando suceden, no sólo destrazan el corazón, sino que ponen a prueba la solidez de nuestra fe, desafiándonos a aceptar que *cada muerte*, con todas las circunstancias que la rodean, *forma siempre parte de un plan de amor de Dios*. Y, por lo mismo, *que si su amor ha permitido tal dolor, es para extraer de él algún bien para todos aquéllos a quienes afecta*. Para el difunto, llevándoselo en el mejor momento, para la familia (entre muchas otras cosas que sólo en el

cielo se descubrirán), asemejándola más a su Iglesia, familia cuya comunión de amor y de vida se reparte, sin cortarse, entre la tierra y la eternidad, meta y culminación de su historia.

*Las enfermedades graves nos aproximan al misterio de la muerte*, obligándonos a pensar en él. En tales circunstancias, la Iglesia nos fortalece con un sacramento especial: *la Unción de los enfermos*, que nos concede fuerzas tanto espirituales como físicas. Porque su intención primaria es pedir a Dios que perdone y *sane* al enfermo (ver St 5, 14-15). Si el plan de Dios fuese otro, sus gracias nos ayudan a enfrentar la muerte con fe y esperanza. Para la familia, es ocasión de recordar que su unión de amor en la tierra, es preparación y camino para la eterna fiesta de comunión en el cielo, donde "ya no habrá muerte ni llanto"(Ap 21, 4) ni separaciones, y todos, resucitados en Cristo, seremos una sola gran Familia para siempre.

## **II. PREGUNTAS (para la reflexión, la reunión o la conversación)**

1. ¿Siento que mi propia historia tiene sentido? ¿La veo como una "historia sagrada" que vivo con Dios? ¿Valoro mi pasado y sus mensajes? ¿Conozco y amo la historia de mi familia?
2. ¿Hay tensiones generacionales en mi hogar? ¿Cómo intento resolverlas? ¿Con qué familiares convivimos más? ¿Por qué? ¿Cuidamos a los más débiles como a predilectos de Cristo?
3. ¿Educo a mis hijos para la gratitud ante sus mayores? ¿Les enseño a ver lo bueno del pasado y sus tradiciones? ¿Con qué "ausentes" sabemos ser fieles? ¿De qué modo?
4. ¿La muerte de qué familiar me ha golpeado más? ¿Cómo fue mi reacción de fe? ¿Siento a los difuntos una parte real de la familia? ¿Qué experiencias tengo con el sacramento de los enfermos? ¿Anhele el encuentro final de todos en el cielo?

## **III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o personal)**

## 15. MARÍA Y LA FAMILIA

### I. LECTURA DE MOTIVACION (para hacerla antes de la reunión)

#### 1. María, la Iglesia y la familia

Hay quienes piensan que la devoción a María es algo *optativo* para los cristianos. Se equivocan. Los otros santos son *hermanos* nuestros de los cuales podemos, libremente, según nuestras preferencias *subjetivas*, ser más o menos amigos. Pero María es nuestra Madre. Amarla es un imperativo *para todos*. Porque Dios así lo quiere. El lugar objetivo que él mismo le dio en su plan redentor, nos exige darle también un lugar de honor en el propio corazón. María, nos enseña la Iglesia, fue asociada por Dios tan íntimamente a la persona y a la obra de Cristo, que si intentamos separarla de él, mutilamos la verdadera imagen de Jesús. Además de Madre suya, María fue su fiel “acompañante” (Puebla 292) y su permanente “colaboradora” (Puebla 293) en su misión redentora. Con su “sí”, ella hizo posible la encarnación. Así fue la primera en unirse a Cristo y permitió que su vida divina llegara a todos nosotros, por lo cual el Concilio Vaticano II la llamó “Modelo” y “Madre” de la Iglesia y de todos los cristianos (ver LG 53, 63-67; Puebla 282-303).

Más aún: el Concilio, bajo la especial asistencia del Espíritu Santo, nos indicó que la Iglesia que Dios quiere para el futuro, debe forjarse según la imagen de María y apoyada en su poderosa intercesión (ver LG 68-69). Esto vale de un modo redoblado para América Latina, cuya historia ha sido sellada por Dios con una devoción mariana tan profunda, que forma parte, según Juan Pablo II, de la “identidad propia” (Puebla 283, Zapopán 2) de nuestra Iglesia y de nuestros pueblos. María ha sido entre nosotros, desde el principio, un símbolo de la fe hecha vida. Bajo su manto se han unido y hermanado nuestras naciones. Y sus Santuarios son, en todo el continente, “signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana” (Puebla 282), y lugares preferentes del encuentro de los pobres con Dios. Olvidar a María, sería renegar del plan de Dios para con nosotros. Por eso nuestros obispos nos han invitado en Puebla a acentuar los rasgos marianos de nuestra Iglesia, convencidos de que “ésta es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés” (Puebla 303) que renovará el continente.

Si Dios está recordando con tanta insistencia a la “gran Iglesia” la importancia de María, no debemos sorprendernos de la afirmación de Juan Pablo II: que, para que “cada familia cristiana pueda llegar a ser verdaderamente una “pequeña Iglesia”, debe apoyarse también

en la “ayuda materna” de María, “Madre de la Iglesia doméstica” (FC 86) y gran educadora de “la espiritualidad conyugal y familiar” (FC 61 ).

## **2. María ayuda a vivir la Iglesia como “familia de Dios”**

María es la gran “pedagoga del Evangelio” (Puebla 290): la que nos enseña a convertirlo en vida. En primer lugar, ella posee un carisma especial para ayudarnos *a experimentar la Iglesia como “Familia de Dios”*, (ver Puebla 295), conduciéndonos, según su propio ejemplo, a una comunión de amor íntima y personal con cada una de las tres Personas divinas que constituyen la Familia trinitaria.

Ante todo, *María nos conduce a Cristo*. Es el gran camino para llegar a él: porque nadie lo ha conocido ni amado tanto como ella. A quienes se ponen en sus manos, María no cesa de repetirles lo que dijo en Caná: “Haced lo que El os diga” (Jn 2,5) y busca insistentemente identificarlos con Cristo, sobre todo con lo más profundo de él: *con su corazón de Hijo*, Nadie sabía mejor que María que Jesús era Hijo del Padre Dios: que ése era su secreto y, a la vez, el “gran tesoro” (Puebla 240) que venía a compartir con nosotros. María, como Madre, “despierta el corazón filial que duerme en cada hombre” (Puebla 295) y nos enseña, uniéndonos a Cristo, a llamar a Dios “Abbá-Papá” (Ro 8,15).

De este modo, *María nos conduce también al Padre*: centro y meta del Evangelio (ver Cuaderno 1 , ficha 10). Así cumple en la Iglesia con la función que te cabe a toda madre en su familia: ser el lazo vital que ata a los hijos con su padre. Acercándonos en Cristo al Padre, María nos ayuda a liberarnos del miedo y de la angustia ante la vida, y a enfrentarla con la alegría y confianza de los hijos de Dios. Prueba de su poder educador en esta línea, es san Juan. Juan fue el gran “evangelista del Padre”: el que mejor comprendió lo que era el Padre para Jesús y la grandeza de nuestra vocación a ser sus hijos. Y la explicación es simple: él fue el apóstol educado por María, el que “se la llevó a su casa” (Jn 19,27). Ayudándonos a descubrir al Padre común, María hace crecer entre nosotros la fraternidad. Así, María hace que la Iglesia se sienta familia (Puebla 295).

El secreto de esta capacidad de María para conducir hacia Cristo y hacia el Padre, consiste en que ella es la mujer tres veces llena del Espíritu Santo, el Espíritu común de ambos, que bajó sobre ella en el momento de su concepción inmaculada, en la Anunciación y en el Cenáculo. Implorando ese Espíritu de Amor para nosotros, tal como en Pentecostés, ella



obra esa comunión de hijos y hermanos en Cristo, que hace de la Iglesia la Familia de Padre.

### **3. María y el misterio de la Iglesia doméstica**

María ilumina también y ayuda a vivir las grandes verdades que fundamentan el misterio de la familia cristiana como “Iglesia en pequeño”. Primeramente, en cuanto “nueva Eva junto al nuevo Adán” (Puebla 293). Ella aparece como modelo de feminidad redimida, nos recuerda la complementariedad de los sexos, y proclama que “ante Cristo y María deben revalorizarse en América Latina los grandes rasgos de la verdadera imagen del hombre y de la mujer” (Puebla 334). Por otro lado, al representar a la Iglesia-Esposa en su ininterrumpida vida de comunión con Cristo (desde la Anunciación hasta el Calvario y después en el cielo), María vivió como nadie ese misterio de unión de amor con Cristo del que es reflejo el matrimonio cristiano.

Asimismo, María vivió el misterio de la maternidad en una forma única: dándole la vida humana al mismo Dios, y convirtiéndose en fuente de vida divina para los hombres. De este modo, María se convierte en modelo de toda madre: pues representa una “presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios” (Puebla 291 ). Así recuerda también a los hombres que su paternidad debe ser reflejo del amor paternal de Dios, servicio respetuoso, generoso a la vida. Para ella, la *labor educadora y evangelizadora de los padres cristianos*, prolonga el misterio de Belén: es como un “parto que siempre se reitera” (Puebla 288), un esfuerzo para que Cristo nazca en el corazón de los hijos, en el cual María siempre estará dispuesta a ayudar. Por otro lado, en su hogar de Nazaret, ella y José iniciaron, junto a Jesús, ese “convivir en familia con Dios” que constituye la grandeza de la “Iglesia doméstica”. Desde el hogar de María, como primera comunidad eclesial, crecería la Iglesia entera.

### **4. María y la vida de la “Iglesia doméstica”**

La presencia de María en un hogar cristiano, “crea el ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida” (Puebla 291 ) que son necesarios para experimentar la casa como verdadero santuario doméstico. Además, ella se convierte en Maestra de oración para la familia, enseñándole a dialogar con Dios como ella lo hacía con Jesús, a amar la Biblia y a descifrar, como ella sabía hacerlo, los mensajes del Dios de la vida (ver Lc 2,19; 2,51). María ayuda también a perdonar como ella lo hizo junto a Jesús en

el Calvario. Y a vivir mejor la Eucaristía, como encuentro íntimo con Cristo, a la luz de esa incomparable comunión de nueve meses que ella vivió con él desde la Anunciación hasta Belén, y que ahora culmina en el cielo.

María contagia a las familias cristianas ese entusiasmo con que ella partió, cruzando montañas, a proclamar la Buena Nueva en casa de su prima Isabel, convirtiéndose *en la primera evangelizadora de la historia*. Y enseña, asimismo, que en nuestro apostolado, no debemos separar mecánicamente *las tareas de promoción humana y las de evangelización*: como ella, que al servir a los hombres, como a Isabel o en Caná, terminaba siempre fortaleciéndoles su fe en Jesús (ver Puebla 300). María proclamó también en su Magnificat el modo evangélico de entender la opción por los pobres (ver Puebla 297), y vivió su *trabajo cotidiano* como servicio de amor a Dios y a su prójimo. Así nos señaló los caminos para construir la nueva sociedad que ansiamos.

## II. PREGUNTAS

1. ¿Es la devoción a María simple cuestión de gusto? ¿Qué lugar ocupa María en el plan de Dios? ¿Qué nos ha dicho y pedido el Concilio acerca de ella? ¿Qué importancia tiene María para América Latina? ¿Y para las familias cristianas?
2. ¿Cuál ha sido mi principal momento de encuentro con María? ¿Siento cercanos a Cristo-Hijo, al Padre y al Espíritu Santo? ¿Me ha ayudado María a ello? ¿Y también a sentir la Iglesia más “familia”?
3. ¿Nos ha ayudado María a comprender y vivir mejor la relación hombre-mujer y el sacramento del matrimonio? ¿Le hemos pedido ayuda para ejercer mejor nuestra tarea de padres?
4. ¿Le hemos abierto a María las puertas de nuestro hogar, como san Juan? ¿Nos ha enseñado ella a crear “ambiente de Santuario”: a rezar, a vivir mejor los sacramentos o la misión evangelizadora y social de la familia?

## III. PROPOSITO (de grupo, de matrimonio o persona)